Mundo Argentino

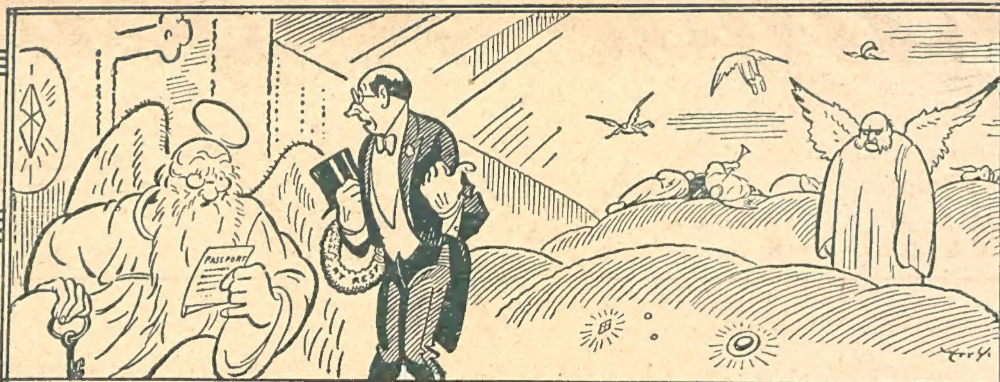


"VIAJE BREVE"
POR EDMUND FREDERICK

PAGINA AMENA



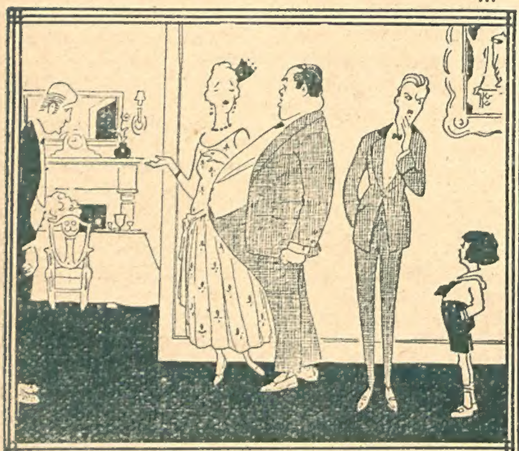
El médico. — Vamos, señora, tranquilícese... Aun hay esperanza.
La mujer. — ¡No, doctor, no! Se muere... Ya no me reconoce. ¡Acaba de llamarme "amor mío".



— Para entrar en la gloria es menester haber observado en vida una conducta ejemplar. ¿Qué ha sido usted en la tierra?
— Pues... Rematador, diputado, concejal, quinielero...
— ¡Basta!... Pase nomás.



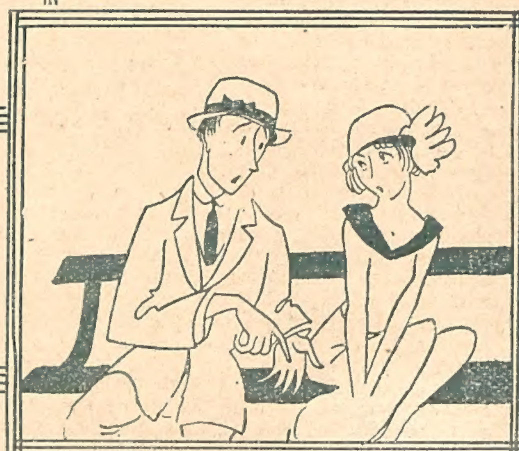
— ¿Qué? ¿Cómo va?
— Mal. Está de tal modo alcoholizado, que las sanguijuelas que le pusimos esta mañana estaban completamente borrachas al quitárselas.



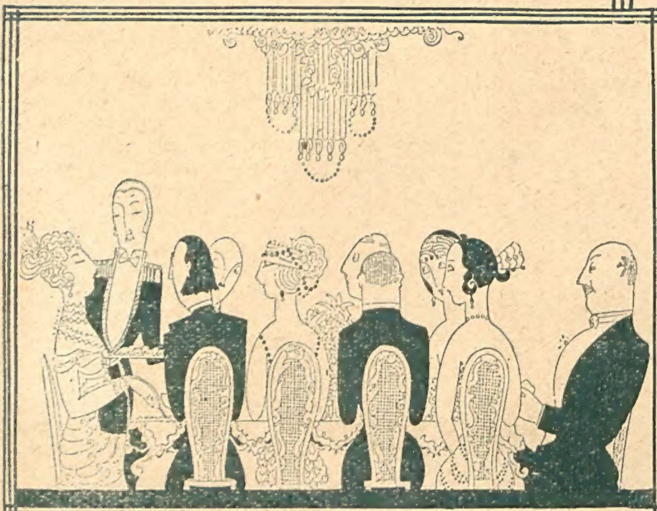
— Papá; ¿tío Rafael tiene la barriga muy grande o el saco muy chico?



El cirujano (en el teléfono). — Sí, hombre, espéreme; en seguida estaré allí... No me falta más que cortarle la cabeza al enfermo.



— En una ocasión yo engañé a una señorita.
— ¿Es posible?
— Le di un peso falso y le dije que era bueno.



— ¿Qué le parece a usted? ¿Soy un buen poeta o un mal poeta?
— Yo no entiendo de poesía... Pero para mí es usted un buen amigo.



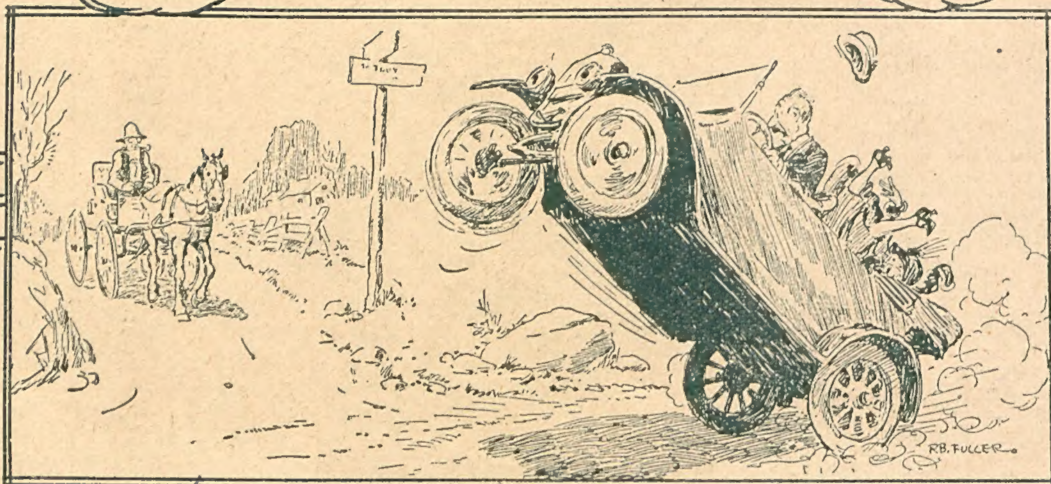
— ¡Y yo que instalé mis oficinas en un noveno piso para que mis empleados no tuvieran con qué distraerse!



— ¡Es inútil, joven, que ponga cara de imbécil!... No lo creo...
— ¡Le aseguro, señor, que no tengo dos caras!



— Parece que no le hace mucha gracia el paisaje.
— ¡Oh, señora marquesa! A su lado, ¿qué son esas ruinas?...



El "chauffeur". — No tengan miedo, señoritas. Es que los cuarenta caballos del automóvil se han asustado de aquel pobre caballo que viene ahí.



— Mira, Jorge: la pobre mamá se ha mordido la lengua.
— ¡Pobre señora! ¡Va a morir hidrófoba!

Empresa Editorial Haynes Limitada S. A.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RIO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472 BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, ABRIL 23 DE 1924 — NÚM. 692

JUBILACIONES GREMIALES Y JUBILACIONES NACIONALES

La cuestión de las jubilaciones sigue preocupando la opinión pública. — Las incertidumbres que provoca la nueva ley no desaparecerán hasta que el parlamento no modifique su estructura y ofrezca amplias seguridades de jubilación a todos los que trabajan y producen. — También da que hablar la ley de jubilaciones nacionales. — Tras de permitir la jubilación de empleados en la plenitud de sus fuerzas, se la apresura por todos los medios, hasta el extremo de jubilar a quien no está en condiciones legales para lograrla. — Otro abuso consiste en la jubilación de personas con sueldo de ministro, cuando no son ministros en persona.

LA cuestión de las jubilaciones continúa en la orden del día. El decreto del Poder ejecutivo no ha devuelto la tranquilidad a los ánimos de muchas personas. Se quejan contra ella, por igual, empleadores y empleados. Los primeros, porque se les inviste de una función desagradable, que no les corresponde, como es la de hacer los descuentos de sus empleados, y, los segundos, porque se mantiene para ellos la incertidumbre con respecto a la forma en que se llevará al cabo las jubilaciones, y temen que, en definitiva, se les aplique descuentos persiguiendo algo que no llegarán a disfrutar.

El decreto del Poder ejecutivo ha evitado que se efectúe el descuento más pesado: el del primer mes de sueldo en una serie de mensualidades; también elimina del descuento del cinco por ciento mensual los sueldos de los menores de los trabajadores a domicilio y de los obreros que perciben un salario sumamente exiguo. A pesar de lo cual la ley de jubilaciones sigue levantando protestas; y es que en su articulado, demasiado vago y elástico, faltan todavía muchas cosas por determinar.

Es necesario darle a la ley una nueva estructura, corregirla en algunos puntos fundamentales. El mismo Poder ejecutivo lo reconoce explícitamente cuando promete enviar sobre la materia un mensaje al Parlamento. Hubiera sido preferible, acaso, prorrogar el comienzo de aplicación de la ley, hasta que se contara con un texto legal corregido y depurado de sus numerosas deficiencias.

No habiéndose acudido a este expediente, sólo resta esperar que el Congreso, al darse cuenta de la importancia primordial del asunto, emprenda su discusión y despacho en las primeras sesiones del período pronto por inaugurarse y, colocándose por encima de todo interés particular, elabore una ley que ofrezca amplias seguridades de jubilación a todos los que trabajan y producen.

El sistema adoptado de crear cuatro cajas en un país donde la división del trabajo no es tan grande como en las naciones muy industrializadas ofrece muchos inconvenientes a una enorme masa de obreros y empleados acostumbrados a cambiar de oficio, quienes, trabajando como el que más, podrán verse privados, ancianos y achacosos, de la jubilación que legítimamente les corresponde. Entre otros inconvenientes, que oportunamente hemos señalado, salvar el que anotamos es de imprescindible necesidad.

No sólo la ley de jubilaciones gremiales da que hablar: en el mismo caso, aunque por distintos motivos, se encuentra la ley de jubilaciones de empleados nacionales. Es sabido que con esa ley ocurren cosas singulares. Una de ellas, la jubilación de algunos empleados con altos emolumentos y en la plenitud de sus fuerzas.

Y como si esto fuera poco, se busca de apresurar esa jubilación por todos los medios. Muy típico lo ocurrido con una directora de escuela. ¡Sin pedirla y sin tener derecho a ella se encontró con el decreto que la jubilaba! El puesto vacante se llenaba con una nueva postulante, a quien se deseaba favorecer lo más pronto posible.

Existe un decreto que obliga a todos los que se encuentran en condiciones de jubilarse a iniciar gestiones para obtenerla cuanto antes. Salta a la vista el propósito de ese decreto: crear vacantes en la Administración nacional para ofrecer ubicación a los millares de recomendados políticos que esperan puestos.

Convenimos en que cierta clase de empleos técnicos, como los judiciales y los de la enseñanza, agotan más rápidamente. Requiriendo en quienes los desempeñan cierta agilidad mental y alguna capacidad para renovar de criterio, nos explicamos para ellos la existencia de aquella obligación. Pero de aquí a conceder jubilaciones a quienes no están en condiciones de disfrutarla, o apresurar la de un tranquilo burócrata que se siente cómodo en su puesto y no quiere pasar a la situación de retiro, acaso porque su puesto siempre fué un agradable retiro, media un abismo.

Ahora que se pide la modificación de la ley de jubilaciones gremiales, habría que pensar también en la de los empleados nacionales, que se presta a tantos abusos. Acabamos de señalar uno, que prueba hasta la evidencia cómo se habla mucho de economías, pero ninguna se hace, ni aun en el caso en que están a mano. Otro, bastante grueso, es la de conceder jubilación, con sueldo íntegro, a empleados que gozan de sueldo de ministro, cuando no se jubilan, como ha ocurrido, siendo diputados o ministros.

LOS PEQUEÑOS MARTIRIOS DE LA CIVILIZACIÓN



Cómo suponen los maridos que los demás ven las piernas de sus consortes al subir éstas a un vehículo.

APROVECHAMIENTO DE FUERZAS HIDRÁULICAS

EN breve los canales del río Los Sauces, de Córdoba, serán aprovechados para proveer de fuerza eléctrica a la población de Villa Dolores.

En el interior de la República existe una cantidad de ríos cuya energía hidráulica puede aprovecharse y no se aprovecha, ora para proveer a una población de energía eléctrica, ora para auxiliar la agricultura o abrir fábricas en la región.

Recordemos al respecto el plan de aprovechar los saltos de agua del Iguazú. Se ha hablado mucho al respecto. Se han señalado las ventajas importantísimas que reportaría el proyecto. Parece seguro que determinaría una transformación valiosa en buena parte del litoral argentino y apresuraría la industrialización de aquella importante zona.

Sin embargo, nada se hace por convertir en realidad esta hermosa idea, así como tampoco nada se hace por canalizar y aprovechar el agua de los ríos del interior.

De estas iniciativas depende, en buena parte, la transformación económica de la República.

EMANCIPACIÓN DE LOS CRIOLLOS DE LA CAMPAÑA CATAMARQUEÑA

LA situación de las provincias de La Rioja y Catamarca deja mucho que desear. De un tiempo a esta parte se produce periódicamente la despoblación de sus campañas. No sólo no reciben inmigración, indispensable para valorizar aquel suelo, sino que el habitante criollo de la región las abandona en busca de fortuna en provincias limítrofes más prósperas.

El gobernador de Catamarca, de retorno de una visita al otrora rico departamento de Tinogasta, manifiesta que lo encontró sumido en la miseria, con sus cultivos abandonados y su población reducida al mínimo, a consecuencia de las emigraciones. Culpa de la situación, en parte a lo menos, a los propios pobladores, especialmente a los propietarios, cuya indolencia es extrema y quienes no se resignan a labrar el suelo, después del fracaso de las especulaciones de ganado en Chile, que les permitía una vida regalada, hasta hace poco.

No menos sensible es que nada se haga por evitar la perpetuación de tales emigraciones.

Una gran masa de criollos están a punto de perecer por no encontrar alivio a la triste situación en que se hallan. Y son los criollos que no emigran.

KANT

CÚMPLESE este año y en el mes corriente el segundo centenario del nacimiento de uno de los filósofos más grandes existidos, Manuel Kant, quien vino al mundo en Koenigsberg, Alemania, el 22 de abril de 1724.

Pertenecía a una familia tan religiosa como humilde por su condición social.

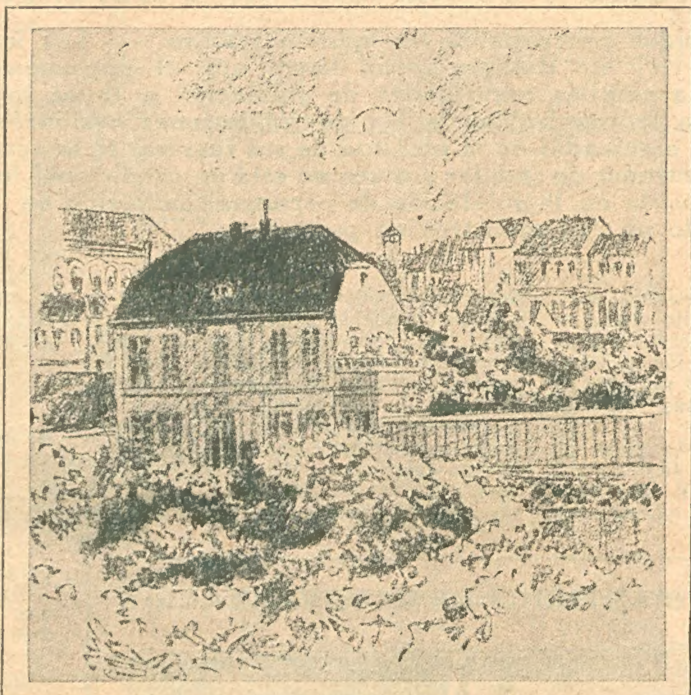
Su padre, sillero de oficio, era de origen escocés, muy exigente en punto a bondad y rectitud: parecía un puritano por su austeridad, rayana en dureza.

También era muy virtuosa la madre de Kant, pero irradiaba amor. Poseía esa cualidad a que a veces no recurre el talento en su desarrollo deslumbrante, pero sin la cual las más brillantes prendas intelectuales son estériles espejismos, lumbraradas que nada cimentan ni nada construyen.

Con ese su instinto moral profundo y su amor de madre, supo ver en su hijo Manuel al futuro gran hombre, e influyó en el ánimo de su marido hasta decidirlo por la senda del sacrificio; porque, en efecto, habría de ser un verdadero sacrificio para un simple obrero la determinación de dar a su hijo una profesión de las llamadas liberales, desde que dicha profesión, antes de ser productiva, no significaría sino gastos durante buenos años.

Aquella noble actitud de los padres para con él dieron a Kant la emoción y la costumbre de un ambiente moral puro, elevado y libre, inspirador del gran moralista que fué el filósofo.

Y, a la verdad, entre los filósofos moralistas es el más firme, pues su doctrina en ese punto descansa sobre el concepto de que la moralidad es un hecho que se basta a sí mismo.



LA CASA QUE HABITÓ KANT EN KOENIGSBERG



Si una influencia educadora tan seria y fructuosa había recibido Kant en su modesto hogar, otra asimismo muy viva y de consideración dejaría huellas en su espíritu. Esta nueva influencia la recibiría en el colegio Frédéric, donde entró en 1732, del que era director el ardiente pietista Albert Schultz.

El pietismo es una de las tantas ramas protestantes que buscan revivir el cristianismo volviendo a sus fuentes primitivas. Afirma que sólo es fe verdadera aquella fe vivaz y vívida, abrevada por el mismo creyente en la meditación de las Sagradas Escrituras, de suerte que penetrado de su espíritu, suscite en él una vida nueva, un hombre nuevo.

No sin acierto, pues, créese que al pietismo, bebido en su mocedad, debe Kant el otro fundamento de su filosofía: el de la autonomía de la persona, que, unido al principio moral antes mencionado, habría de formarle un concepto positivo y real de la naturaleza humana.

Ese concepto hizo a Kant invulnerable cuando, interesado por Rousseau, pudo aprovecharlo en la marcha de su pensamiento sin contagiarse del ingenuo y deplorable optimismo moral del gran ginebrino.

La facultad de filosofía de la Universidad, donde entró a cursar en 1740, estaba llamada a obrar con nuevos frutos en la inteligencia del naciente pensador. Uno de los maestros, el filósofo wolfiano Martín Knutzen, inició al joven en la filosofía de Leibniz y en la física de Newton.

Newton habría de ser desde entonces para Kant el prototipo de la ciencia.

En cuanto hace a Leibniz, sabido es que influye en Kant de tal manera que la actitud del uno y la del otro es una: el racionalismo. Diferencia las tuvo el sucesor: no podía ser de otro modo. Ya es el método, ya el desarrollo, ya el fin inmediato buscado el que difiere, y luego la resultancia global, única desde luego, que da cuerpo y relieve al kantismo. Pero no existe casi concepto del primero de los filósofos que no se halle en el segundo. Éste, por supuesto, lo lleva siempre a su última expresión, a su postrera luz.

En 1746 Kant se ve obligado a abandonar la Universidad sin terminar sus cursos. Había muerto su padre y se hallaría sin medios de subsistencia. ¿Qué hacer?

Podía ejercer de preceptor, esto es, de maestro particular, y fué maestro. Comenzó a dar lecciones a domicilio. Llegó a tener bajo su enseñanza a los jóvenes de un buen número de familias. En este desempeño se vería ocupado durante nueve años.

Al cabo de dicho tiempo, en 1755, se le permite abrir cursos libres en la Universidad, pues había recibido la "promoción" y la "habilitación", que era lo menos que se le exigía para ello.

Durante quince años consecutivos el gran filósofo Manuel Kant, uno de los primeros maestros del raciocinio y del saber en general habidos en el mundo, dictó cátedra en las condiciones modestísimas indicadas.

Después de muchos años de haber optado al título oficial con la presentación, como tesis, de una de sus obras más concienzudas, obtuvo dicho título sólo en 1770, y profesó en las nuevas condiciones hasta 1796.

Entretanto la ininterrumpida y copiosa publicación de sus obras — a veces dos y tres títulos por año — había extendido grandemente el nombre de Kant. Se le nombró miembro de academias de Berlín, de San Petersburgo, de Viena; pero las ofertas más tentadoras no lograron arrancar al filósofo de su ciudad natal, en la que fué miembro del consejo de la Universidad (1780), rector (1786-88) y decano de la Facultad de Filosofía y de la Academia (1792).

La enseñanza de Kant en el aula parecía contradecir a su doctrina, y es que de su doctrina se mantienen preconceptos equivocados. La teoría kantiana no carece de un buen positivismo, sino que, por el contrario, arraiga en él. Así, pues, no discrepaba su enseñanza en la cátedra con la doctrina de sus libros. Además, una de sus obras es la explicación de su enseñanza en clase. Llámase "Advertencia de Manuel Kant sobre sus lecciones durante el semestre del invierno 1765-1766." Hay que infundir en los jóvenes — dice en ese interesante opúsculo — el conocimiento de lo real, si es que aspiramos a hacer de ellos hombres y no pedantes. La alta cultura, la metafísica como la moral que no reposen sobre las sólidas bases del conocimiento positivo, serán como una casa sin cimientos. Cuerpos brutos y seres vivientes, antes que emprender el estudio de la metafísica; geografía física, descripción del universo, los tres reinos, el hombre y sus razas, los pueblos y su formación natural, antes que emprender el estudio de la moral.



EL CÉLEBRE FILÓSOFO ALEMÁN MANUEL KANT, CUYO SEGUNDO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO CÚMPLESE ESTE AÑO

La vida material y diaria de Kant es el ejemplo más acabado del orden. No se conoce modelo igual. A pesar de una salud delicada y vacilante, debió a ese ritmo escrupuloso en el vivir, una existencia cuantiosa en años. Vivió hasta los ochenta (1724-1804), y, además de dictar sus clases, escribió una, dos, tres y más obras por año.

A propósito de esa regularidad de sus días y sus costumbres, se cuentan las únicas anécdotas que aparecen en su biografía. Alguien de su barrio tenía un medio eficaz para poner el reloj en hora: lo hacía cuando pasaba Kant por delante de su puerta. ¡Es que el paseíto diario del filósofo, a fuer de puntual, era exacto como un cronómetro, y podía servir de indicador de horas!

Kant tenía un trato personal respetuosísimo, atento siempre a no herir la dignidad de nadie. Buscaba preferentemente la compañía de las gentes humildes. Amaba sobre todos los méritos personales los del buen corazón y la rectitud de pensamiento. Con los vecinos más modestos compartía el placer de la mesa y de la conversación. El amor sexual parece ausente de esa vida casta. Las ideas de su siglo lo preocupaban vivamente y seguía por eso su desarrollo. Saludó con alegría la independencia de los Estados Unidos y con entusiasmo la Revolución Francesa. Es que veía realizarse en esos actos la idea madre de su filosofía moral: el valor absoluto de la persona humana.

Hemos dicho que Kant no dejaba transcurrir año sin publicar o concluir una, dos o más obras. Desde sus "Pensamientos sobre la verdadera estimación de las fuerzas vivas", dada en 1747, hasta las reflexiones escritas en sus últimos años, no hizo sino recuperar con su producción el tiempo de su adolescencia en que nada escribió, y así pudo producir tantos trabajos como años tuvo. Sin embargo, con sólo la mención de sus principales obras se da idea de la marcha y la índole de su pensamiento. Después de la indicada, mencionaremos: "Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo, donde se trata del sistema y del origen mecánico del universo según los principios de Newton" (1755), "Nueva exposición de los primeros principios del conocimiento metafísico", en el mismo año (es una tesis de "habilitación" escrita en latín); "De la forma y de los principios del mundo sensible y del mundo inteligible", su primera obra de filosofía crítica, con la que opta al profesorado, en el año de 1770; "Crítica de la razón pura" (1781); "Primeros principios metafísicos de la ciencia y de la naturaleza" (1786); "Fundamentos de la metafísica de las costumbres (1785); "Crítica de la razón práctica" (1788); "La religión en los límites de la pura razón" (1793); "Principios metafísicos de la teoría del derecho", y "Principios metafísicos de la teoría de la virtud" (1797).

Posteriores a su muerte, se han reunido y publicado "Páginas sueltas, trozos y borradores" y "Correspondencia y declaraciones".

Dos estatuas en Koenigsberg, un busto en la Universidad de esa ciudad, una placa conmemorativa y otras obras en diversas instituciones intelectuales de Alemania rinden respetuoso homenaje al eminente filósofo.

El profesor René Gillouin, en su "Kant: choix de textes", termina el "estudio del sistema" con que prologa dicho libro, diciendo: "La importancia histórica de un pensamiento se mide tanto por el movimiento de ideas debido a él como por la contribución definitiva que al tesoro de las verdades humanas haya aportado. Ahora bien: desde ese doble punto de vista no existe filosofía comparable a la filosofía kantiana. Desde un comienzo, su espíritu se hizo en cierto modo consubstancial con el pensamiento alemán. En Francia e Inglaterra nada se ha hecho de sólido en filosofía de un siglo a esta fecha que no se halle ligado más o menos estrechamente a Kant, y la debilidad de un Comte, de un Taine o de un Spéncer, proviene de haberlo ignorado. Igualmente, es en Francia, a nuestro juicio, por extraña que pueda parecer esta afirmación, donde ha encontrado en Bergson su verdadero continuador, si es continuar una obra el perpetuar su espíritu adaptándolo a circunstancias nuevas. De una manera general, que se acepten o no en tal o cual materia las conclusiones de Kant, es preciso colocarse sobre el terreno por él preparado para trabajar útilmente. En cuanto a las conclusiones suyas que deben ser consideradas como adquisiciones definitivas del espíritu humano, veo tres principales: "en el orden de la teoría del conocimiento, la concepción de la relación entre el pensamiento y la experiencia; en el orden de la moral, la concepción de la moralidad como un hecho que se basta a sí mismo, y la concepción de la persona humana como un absoluto de valor."

LAS TRES PREGUNTAS DE DON ANTONIO

POR

RICARDO MONNER SANS

DIBUJOS DE BIONDINI

CUÁLES eran ellas, sin duda por olvidadizos, pocos sabían, y, sin embargo, cuando en rueda de gentes de negocios se hablaba de don Antonio, y de la rapidez con que se había labrado una regular fortuna, salía siempre a relucir la frase ya famosa en aquella villa rural, que nada tenía digno de fama y renombre.

Cierto día, y como se ponderase ante el bueno de don Jesús, amigo y compatriota del rico comerciante, la suerte de éste, en todas sus empresas, y de nuevo brotase de los labios de uno de los del corro el ya cansador estribillo, otro de los presentes afirmó que la clave del éxito mercantil de don Antonio no era más que la suerte empeñada en depararle siempre honrados e inteligentes servidores. Y si no, fíjense ustedes — añadía, — y notarán que todos sus dependientes han sido, y continúan siendo probos y trabajadores. Si es cierto que "a quien Dios quiere bien, la perra le pare lechones", no lo es menos que ese mismo Dios enderezó los pasos de los buenos empleados hacia el *registro* de don Antonio.

— Algo puede haber de cierto en lo que afirma usted — agregó otro de los presentes, — ya que la suerte es una locona que suele ir, no donde debería, sino donde se le antoja, y al amigo favoreció dándole activos y entusiastas colaboradores. Mas hay algo misterioso que no me explico y de lo que todo el mundo habla. ¿Qué es eso de las tres preguntas?

El interrogante cerró la boca de todos, pues si bien los más se preguntaban lo mismo, nadie, ni el mismo don Jesús, acertaba con la respuesta.

— ¿Cómo nació la frase? — continuó el perorante. — ¿Qué misterio encierra?

Don Jesús usó de la palabra para decir que él había oído de labios del mismo don Antonio, que antes de aceptar en su casa a un nuevo dependiente solía dirigirle tres preguntas, y según el postulante las contestaba, admitía o rechazaba el ofrecimiento de sus servicios; y como a todos los dependientes que había tenido, que no fueron muchos, se las había formulado, de ahí nació la frase ya popular de "las tres preguntas de don Antonio". Ahora, en cuanto a saber cuáles eran, ni qué alcances tenían, lo ignoraba por completo, pues las veces que intentó averiguarlo, su compadre se cerró de campiña y calló, como si su divulgación pudiese disipar, con el misterio, el éxito de sus empresas.

— Hombre raro — exclamó uno.

— Incomprensible — añadió otro.

— Egoistón — agregó un tercero.

— Alto ahí — gritó don Jesús, con su vozarrón de chantre; — egoísta no, pues ha ayudado a muchos dependientes suyos un día, dueños hoy de tiendas acreditadas. Ahora mismo, ¿no casa a Matilde, su única hija, con Perico, el primer habilitado de su registro?

— Y, ¿quién es Perico? — preguntó un viajante de comercio.

— Un galleguito que aquí llegó hará como unos diez o doce años, pobre como las ratas, y hoy, más que habilitado, es casi socio de don Antonio.

Continuaba por tales cauces el torrente de las habladurías entre los comerciantes y tenderos agrupados en una de las salitas del Club Social de la lugareña villa, cuando acertó a entrar el mismísimo don Antonio, con cara jovial y placentera.

Sentóse el recién llegado; sacó de su bolsillo la petaca repleta de cigarrillos, prendió uno, y como advirtiera silencio, poco frecuente entre los contertulios del club, preguntó de qué se hablaba.

— Pues de ti — contestó don Jesús.

— ¿De mí?

— Sí, de ti — agregó su compadre. — Mejor dicho, de las famosas tres preguntas.



...Y YA QUE USTEDES QUIEREN SABER CUÁLES SEAN, REVELARÉ EL MISTERIO, QUE DISTA DE SERLO, DÁNDOSELOS A CONOCER...

— ¡Ah, ya! Sé que todo el pueblo habla de las tres preguntas de don Antonio, y adivino que hay pocos que sepan cuáles son, lo que me ha sorprendido siempre, pues en los treinta años que aquí llevo de establecido, las habré formulado, por lo menos, otras tantas veces a diferentes sujetos, ocurriendo lo explicable, esto es, que los mismos preguntados las olvidaron al transponer el umbral de mi casa o al quedarse en ella, por no darles, ni a sus contestaciones, la importancia que siempre les atribuí. Pedro, o Perico, como todos le llamamos, que en breve va a casarse con mi hija, y que regentea mi tienda hace ya seis años largos, es ejemplo viviente de la trascendencia que concedí siempre a las contestaciones que a mis preguntas dieran los postulantes. A ellas corresponde, creo, el éxito de mis negocios, y ya que ustedes quieren saber cuáles sean, revelaré el misterio, que dista de serlo, dándoselas a conocer, con lo que contestó mi futuro yerno. Irán por el orden en que fueron siempre formuladas, con la breve contestación que a ellas dió mi pariente en puertas.

1º "¿Qué sabe usted hacer?" "Poca cosa — contestó el mozo, — pero tengo ganas de aprender." Nunca tomé empleado que se alabase: el que cree saberlo todo ignora, generalmente, lo más elemental.

2º "¿Por qué vino usted a la Argentina?" "Porque tengo ganas de trabajar y hacerme hombre", respuesta que, naturalmente, también me agradó, ya que la noble ambición se fundaba en el trabajo.

3º "¿Tiene usted madre?" A esta pregunta, la frente de Perico se nubló, y con voz segura sólo acertó a decirme: "Si tuviera madre, estaría a su lado, no aquí." Tan sentida contestación me reveló la nobleza de sus sentimientos.

"Parecidas respuestas, si no tan categóricas y precisas como las de Pedro, me habían dado cuantos dependientes he tenido, lo que quiere decir que a mis nuevos colaboradores pedí siempre, más que saber, sentimientos nobles y elevados. Modestia, sana ambición y amor a sus progenitores es lo que quise tuvieran mis empleados: el conocimiento de los negocios ya viene luego si el mozo no es negado y aspira a un porvenir. Los modernos patrones suelen examinar cerebros; yo, chapado a la antigua, durante estos treinta años sondeé corazones, y, como ustedes ven, no me fué del todo mal.

"Ahora — agregó don Antonio, levantándose, — que ya conocen las tres preguntas, "colorín, colorado, que el cuento se ha acabado..." Son las dos, me voy al *registro*, pues no he perdido la costumbre de dar a mis empleados todos el ejemplo de la más estricta puntualidad.



:: MACANITAS ::

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Vive al lado de mi casa
la viuda de Pastaflora
(una arrogante señora)
con su sobrina Colasa.

Buenas mozas, ¡vive Dios!,
son la sobrina y la tía.
¡Como que yo no sabría
cuál elegir de las dos!

Son dos tipos de belleza
opuestos diametralmente,
siendo en ellas diferente
todo, de pies a cabeza.

La tía es el ideal
de la morocha que abrasa
con los ojos, y es Colasa
una rubia angelical,

con ojos de mirar suave
que embelesan cuando miran;
de esas que siempre suspiran
y el porqué nadie lo sabe.

Hay entre ellas un abismo
en cuanto a plasticidad,
siendo una la exigüidad
y la otra el "robusticismo".

Las dos hacen, según creo,
vida honesta y recatada,
y de ellas nunca oí nada
malo, denigrante o feo.

Pues bien: sucedió que un día,
pasando yo, en ocasión
de que estaba en el balcón
tomando el fresco la tía

de Colasa (y les suplico
que el hecho no les asombre),
le oí saludar a un hombre,
diciendo, afable: "¡Adiós, rico!"

No sé si la frase en sí
fué lo que me molestó,
o que la terneza no
fuese dirigida a mí,

pero ya, desde ese día,
la viuda de Pastaflora
no es para mí tan señora
como yo la suponía.

Otra vez, al mes y pico,
estando al balcón Colasa,
veo que aquel hombre pasa
y ella le dice: "¡Adiós, rico!"

Yo, contemplando al sujeto
(que se me antojó orgulloso),
asombrado y envidioso,
dije para mi coleto:

Este hombre, ¡vaya por Dios!,
tampoco elegir sabría
entre Colasa y su tía,
y se entiende con las dos.

. . . .

Por una casualidad,
ayer me fué presentado
el hombre piropeado
con tanta amabilidad,

y, por fin, ahora me explico
lo que con el hombre pasa:
Que es amigo de la casa
y que se apellida "Rico".

JOSE M. SIERRA

CÓMO VIVEN Y TRABAJAN NUESTROS ESCRITORES

LA POETISA ALFONSINA STORNI

POR ENRIQUE M. RÚAS



LA Editorial Cervantes, de Barcelona, ha publicado en su colección *Las mejores poesías líricas de los mejores poetas*, un tomito de Alfonsina Storni. Aquí está el tomito. Sexto millar. Quiere decir que se vende bien. No hay que extrañarse. Alfonsina Storni es uno de los tres poetas argentinos cuyos libros tienen más salida. Y si los editores argentinos fuesen tan expertos en el negocio como los extranjeros, verbigracia, como la Editorial Cervantes, a buen seguro que vendieran tres o cuatro veces más. Y aquí es ocasión de recordar una cosa: Alfonsina Storni obtuvo con su libro *Languidez*, publicado en 1921, el primer premio municipal (cinco mil pesos) y el segundo nacional (diez mil).

— Señorita Storni: quisiera saber qué hacen las poetisas con el dinero. Cinco y diez son quince. ¿Dónde están esos quince mil pesos? Conste que no se trata de una pregunta amenazadora. Pura curiosidad.

— Cinco de ellos se han poetizado completamente. Ya no existen sino en verso. Este año estuve en Mar del Plata; el pasado, en Córdoba; el anteaño, también en Mar del Plata. Una poetisa que se da semejante vida disipa pronto la modesta suma de cinco mil pesos. Los otros diez mil los tengo reservados para un viaje a España.

— Dios se los conserve hasta la hora del viaje. ¿Qué libro es ése?

Porque habéis de saber, curiosos lectores de este popular hebdomadario, que al ir a visitar a vuestra poetisa, puedo decir que en nombre y representación vuestra, la encontré sentada a su escritorio, estudiando en un libro que no era de versos ni era de cheques, y cotejando unas cartas con lo que decía el libro.

— Este libro — me respondió — es un tratado de grafología.

— O sea el arte de reconocer el carácter de una persona por su escritura. ¡Arte diabólico, señorita Storni! ¿Es muy peligroso escribirle a usted?

— No lo crea usted. Esto es un entretenimiento inocente, y puedo asegurarle que uno de los más reñidos con la murmuración.

— Supongo que habrá estudiado usted su propia caligrafía. ¿Qué ha resultado?

— Independencia feroz. Despreocupación de todo lo que existe. Inconstancia. Buen carácter. Muy poco orgullo intelectual. Humildad. Sensibilidad.

Esta fué su respuesta. Pero creo que debió añadir: ligeramente burlona; buen humor; amabilidad; afición a los viajes; proyecto de ir a España.

— ¿Recibe usted muchas cartas?

— Muchas. Unas son de admiradores; otros me cuentan sus cuitas; otros me mandan sus primeros versos; otras son declaraciones...

Le pido permiso para meter la mano en un montón de cartas. He aquí una. Seis páginas y media de block comercial. Al dorso de la última hoja, interesantes acotaciones grafológicas. En el extremo superior izquierdo de la primera carilla, este término algebraico: X^2. Leo algunas frases y algunos párrafos: "Por instinto, he dudado siempre del talento artístico de las mujeres... Pero declaro que su libro hubo de interesarme desde el principio... Vi que tras del libro había algo más que una mujer: un poeta... Y he llegado a ser uno de sus admiradores más fervientes y sinceros... Esta mañana, al azar, he leído un nuevo artículo de usted... Desde esta mañana la admiro a usted más."

Y, ¿por qué le escribe? Dice:

"Usted me atrae. Ahora trato de libertarme de esa fascinación; por eso le escribo. Hay un amor más fuerte que el amor que acerca los cuerpos: es el amor que acerca las almas. Para librarme de lo primero, yo tengo mi receta. Para librarme de lo segundo, yo tengo mi sangría: echo afuera mis sentimientos, y luego de exponerlos, la luz los desnuda, los seca; el transeúnte hace lo demás... Estamos a mano y estamos en paz. He despertado de mi sueño, tocado por la admiración; esta admiración ya no es un soplo: es una costra; no me engañará en lo sucesivo. Ahora, como es tarde, y para los que viven el tiempo vuela, voy a seguir durmiendo, para que no pase en vano. ¡Hasta la eternidad! — Firmado: *Geo Zahr.*"

¿Quién será Geo Zahr, bellísimas lectoras, que acaso os intereséis por el correo de una poetisa? He aquí lo que él dice:

"Yo no hago nada. Escribo y quemo. Observo y paso. Amo y me hastío. Soy católico y no lo creo. Enseño y me aburro. Vivo y me conformo. Mi religión es una religión sensualista: viajo, veo, hablo; y duermo. Es una forma monstruosa del egoísmo, lo sé; pero es la más simple. ¡No hago daño a nadie! ¿Qué daño puede hacer el que no lucha? ¿Qué daño puede hacer el que no predica? Mi caso es un caso de zoología: un caso de mimetismo. Soy del color de la tierra que habito."

Por donde habréis visto que el correo de una poetisa suele contener piezas bien curiosas.

— ¿Y estos dibujos, señorita Storni? ¿Son suyos?

(Me refería a unos que había en la contratapa de un libro.)

— Lo ignoro — me respondió ella. — No sé si son míos, o de quién son. Quizá sean míos, porque yo no sé dibujar. Era una tarde. Varios que no sabíamos nada de espiritismo, nos pusimos a hacer el experimento de la mesita. La mesita se movió, girando al mismo tiempo sobre sí misma. Yo le mandaba moverse, y ella se movía. Anduvo como dos metros. Soy muy nerviosa. Quedé muy sobreexcitada. Me recosté en la cama, con este libro sobre la falda y un lápiz en la mano. Hice inconscientemente esos dibujos. Por cariño a mis nervios no volví a repetir el experimento de la mesita.

— ¿Y cree usted en el espiritismo?

— Ni una palabra.

— ¿Es usted muy valiente?

— ¡Heroica! No le tengo miedo a nada. Ando sola de noche. Pero reconozco que mi temeridad me ha costado algunos disgustos y algunos sustos. Una vez, en el campo, habiendo perdido el tren, me dirigí a pie a una localidad próxima. Mes de enero y la una de la tarde. Sol de justicia. Pronto empecé a ver visiones y a sentir congojosas sensaciones. A mi alrededor se enderezaban víboras que salían del suelo. En otros momentos me sentía en medio del mar. ¡Un mar solitario, de plomo fundido, presidido por el sol de enero! Me moría... Por suerte, de un rancho vinieron en mi auxilio, y gracias a eso estoy viva todavía. Otra vez fué en Mar del Plata, en el Cabo Corrientes. Iba con una chica amiga. Trepamos desde la playa por la piedras del cabo, para alcanzar la explanada de la cima. Pero tomamos un mal camino. Al encontrarnos ante la explanada, no nos separaban de ella más que dos metros, pero a nuestros pies se abría un abismo de ochenta metros de profundidad. Y no se podía retroceder. Las piedras forman una escalera, por donde puede subir un imprudente, pero por donde no se bajará sino cayendo de espaldas. La única manera de alcanzar la explanada era pasando por un estrecho y deleznable puente natural, que sólo las ratas podrían pasar sin peligro. Nos atrevimos. Pasamos como las ratas...

— ¿Y tuvieron mucho miedo?

— Si hubiéramos tenido miedo, no contaríamos el cuento. El susto vino después.

— ¿Es usted feminista, señorita Storni?

— ¡Jamás! ¡Ni por pienso!

— Entonces, hablemos de modas y de tocados. ¿Qué le parece la moda de la melena? ¡Hay cada melenita que enajena!

— Tratándose de un asunto serio, le voy a contestar muy en serio. La moda de la melena me parece más cómoda que estética. Un buen peinado siempre sienta bien a una mujer. Pero creo que en esta época

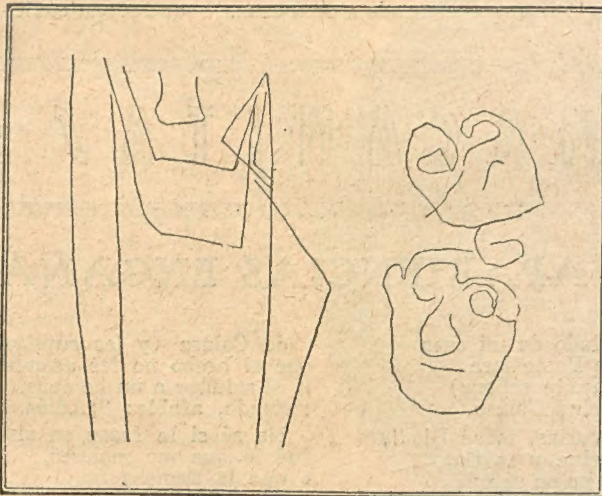
(Continúa en la pág. 28)

Alfonsina Storni ha obtenido 15.000 pesos en premios con un solo libro. Recibe cartas muy interesantes de admiradores y amadores anónimos. Su opinión sobre la melena y las modernas modas femeninas. Está terminando un drama en cuatro actos para Angelina Pagano. Y otras cosas que verá el lector que leyere.

¿Existe, en realidad, en alguna parte, el criterio propio del público?

En general el juicio del público es el de sus diarios preferidos, y no es aventurado afirmar, que dos o tres cabezas, críticas de fuerza, son las que forman en arte, la aparente opinión de un país.

Alfonsina Storni



Dibujos hechos inconscientemente por Alfonsina Storni después de una sesión espiritista

LOS VERSOS MÁS DIFUNDIDOS DE ALFONSINA STORNI

LANGUIDEZ

Está naciendo octubre
con sus mañanas claras.
He dejado mi alcoba
envuelta en telas claras,
anudando el cabello
al descuido; mis plantas
libres, desnudas, juegan.

Me he tendido en la hamaca,
muy cerca de la puerta,
un poco amodorrada.
El sol, que está subiendo,
ha encontrado mis plantas
y las tiñe de oro...

Perezosa, mi alma
ha sentido que, lento,
el sol, subiendo, estaba
por mis pies y tobillos
así, como buscándola.

Yo sonrío: este bueno
de sol no ha de encontrarla,
pues yo, que soy su dueña,
no sé por dónde anda:
cazadora, ella parte,
y trae, azul, la caza...

Un niño viene ahora,
la cabeza dorada...

Se ha sentado a mi lado
sin pronunciar palabra;
como yo, el cielo mira,
como yo, sin ver nada.
Me acaricia los dedos
de los pies, con la blanca
mano; por los tobillos
las yemas delicadas
de sus dedos desliza...
Por fin, sobre mis plantas
ha puesto su mejilla,
y en la fría pizarra
del piso el cuerpo tiende
con delicada gracia.

Cae el sol dulcemente,
oigo voces lejanas,
está el cielo muy lejos...
Yo sigo amodorrada
con la cabeza rubia
muerta sobre mis plantas.

Siento golpear la arteria
que por su cuello pasa.

VÉANSE, EN LA PÁGINA 12, LAS FOTOGRAFÍAS REFERENTES A LA VIDA ÍNTIMA DE LA POETISA Y ESCRITORA

ANTUCO, DUEÑO Y SEÑOR QUE FRACASA

POR

FÉLIX ESTEBAN CICHERO

DIBUJO DE FASINE

LA población de aquel villorrio desarrollábase lentamente. Poca agricultura, debido a que sus tierras eran más propicias a la ganadería; y pocas vacas, porque los criadores no habían detenido su atención en ello. El comercio era endémico; la industria, desconocida, y la sociabilidad ensayaba actitudes... Todo lo que, aislado o reunido, no bastaba para que los obscuros habitantes del pueblo no tuvieran su carga de vanidades y aspiraciones.

Un día un "forastero" trató de malas maneras a uno de los principales vecinos, comerciante mayorista. Le dijo, entre otras cosas desagradables, "parvenu".

—No entiendo—respondió el comerciante.—¡Hable más fácil!

El forastero se echó a reír y agregó:

—¡Ignorante!

—Pero con pesos, y usted es un pobretón—se le contestó.

Tenía pesos, y como él casi todos los moradores de la aldea, por lo que resultaba cosa difícil darse el "gusto" de tener un sirviente, aunque en general nadie lo deseaba allí.

Entró a la vida del pueblo el juego de la política. Cierto día un diputado a la legislatura, con gran afán de proyectar, obtuvo que se hiciera de ese pueblo cabeza de partido, y se le dió un nombre: el de un gran caudillo desaparecido. Y desde entonces se tuvo que pensar en ese pueblo en un intendente —o patrón del pueblo,—en doce concejales y en cinco consejeros escolares—para tres escuelas;—en un juez de paz, en un comisario, en un valuador, en un jefe de registro civil; es decir, según aquellos pobladores, en muchos holgazanes, con el agregado que a todos estos departamentos de administración habría que dotarlos de secretarios y auxiliares.

¿Quiénes podrían desempeñar tanto cargo de responsabilidad? ¿Sabían leer tantos labradores para semejante empresa? ¿Cuál era el hombre más "corajudo" para comisario, y cuál el más sereno para juez de paz?... Como hasta allí no habían necesitado nada de eso y todos eran amigos y se ayudaban entre sí, estas cuestiones les procuraron grandes cavilaciones, en las que se hallaban pensando los labradores y ganaderos de la población cuando el mismo político que se encargó por "crear" esa autonomía, acudió en auxilio de los desesperados pobladores.

—Veamos—había preguntado:—¿quién puede ser intendente de todos ustedes?

Nadie había respondido. En el fondo, todos lo deseaban pero ninguno se armó de valor para pedir esa enormidad. La vacilación de esos ciudadanos dió la pauta del asunto al político, quien llenó la respuesta.



—Muy bien, lo traeremos. Vendrá un hombre culto, serio, generoso... Él trabajará por el bien de todos y por la grandeza del pueblo.

Hubo quien observó que de esas tareas, una se podía ahorrar: la que se refería al bienestar de las personas, pues a su juicio todos vivían bien. Ahora, el pueblo sí necesitaba algunas preocupaciones. Las calles, el alumbrado, el riego, la limpieza, un paseo público... Y el diputado, a cada una de estas observaciones, la adicionaba con un comentario entusiasta y optimista, que iba sugestionando a los moradores de aquel villorrio. Faltaba, empero, algo más: el comisario, los municipales, los consejeros... Tanta gente "ilustrada" no había allí, y por eso opinó el diputado influyente en que eso debía librarse al buen criterio del gobernador. Con lo que se estuvo de acuerdo... Hechas las designaciones provisionales poco más tarde, el desarrollo de la "vida legal" del nuevo pueblo se inició. Urgía el nombramiento electivo de las autoridades locales para la formación de un presupuesto de gastos y el correspondiente cálculo de recursos. Hasta entonces, el ministerio había estado acordando autorizaciones de gastos "insuficientes"...

Pero se creaba una dificultad.

El diputado quería mantener hegemonía política en el pueblo, pero ninguno de sus amigos poseía residencia de ley para formar parte de un gobierno regular. Entonces zanjó dificultades formando una lista de candidatos con lo más inferior de aquellos habitantes. Ganó la elección, como no podía ser de otra manera, el gobierno, puesto que el diputado ese, precisamente, era gubernista... Y la Comuna empezó a vivir a expensas de los moradores del villorrio.



...CIERTO, CIERTO ES QUE MI HIJO ANTUCO SERÁ "DOTOR"...

II

LAS gabelas impositivas crecían. El tiempo pasado permitió a Francisco Costi, el diputado, "formar hombres de gobierno". Todos los elementos "hechos bajar" de La Plata entraron en padrón y se radicaron en el pueblo. Vivían con suntuosidad entre aquel achatamiento general...

Las costumbres fueron modernizándose; la sociedad adquiría apariencias...; las obligaciones se creaban y el dinero corría con vertiginoso afán de bullicio, de lujo, de placer. "La colonia era rica y si quería una sociedad en forma, había que pagarla..."

Y como para costear una gran ciudad o pueblo los presupuestos deben abultarse de acuerdo a los gastos, aquí se aumentaba aunque no se agregase un farol a las calles ni se colocara un ladrillo a los proyectados edificios públicos. Pero los pocos colonos que sembraban y los ganaderos que empezaban a valorar sus haciendas con altos cruzamientos, comprendieron que aquel torbellino se producía por su largueza, por su generosidad y con sus riquezas.

Se reunieron un día para deliberar. Emitiendo ideas, "se comprendieron", llegando a la conclusión de que era menester, y urgente, tomar la dirección política del pueblo. Pero, ¿quién sería el jefe?

Un hombre sencillo, vasco, y noble como tal, dijo entonces a sus amigos:

—Hombre, el compadre Joaquín está por dar un hijo "dotor"...

Se miraron unos a otros. Todos los ojos, después, se dirigieron al "compadre" Joaquín, y éste, vascó también, dijo, sin dar gran importancia al hecho:

—Cierto, cierto es que mi hijo Antuco será "dotor", pero en faltándole un año aún habrá que mirar a otro lao...

Nuevo cambio de ideas, y un señor grueso, coloradote, afeitado el bigote y la pera, pero con patillas abundantes, que estaba casi aislado del conjunto, muy al fondo de la sala, propuso lo siguiente, que tuvo asentimiento unánime:

—Bueno, pues; que el compadre Joaquín, como padre de Antuco, que por más leído será el jefe, tome ahora el mando y se lo pase al hijo cuando éste sea ya "dotor".

Así las cosas, se inició la movilización de elementos. La parte sana de esa población formó un partido denominado "de la Producción". El gobierno miró con indiferencia esa fuerza nueva que entraba a luchar en las actividades políticas. Cada tres o cuatro meses, por toda advertencia, lanzaba una nueva ordenanza impositiva y les aplicaba el rigor de la policía, que desarrollaba un papel principalísimo en el reclutamiento de votantes, pero poco eficaz al fin porque aquella población no era "de avería". Las trabas a la libertad ciudadana y comercial desarrollábanse paulatinamente, y cuando el Municipio convocó a elecciones de renovación, Antuco era ya doctor y jefe del "Partido de la Producción".

La instalación de los comicios se hizo a perfecto gusto del gobierno. Del "sorteo" de ciudadanos para desempeñar las funciones de escrutadores, no resultó uno solo de la oposición. Las boletas de candidatos les fueron rechazadas varias veces al "Partido de la Producción", y como estreno político, aquella elección resultó para Antuco un gimnasio lleno de trampolines dificultosos... Llegó el día. El comité oficialista se atestaba de gente, pero el Productor, en cambio, se hallaba casi desierto. Los colonos, gentes tranquilas, no aparecían por el comité. Preferían dirigirse solos a la mesa receptora de votos, sufragar y regresar a sus establecimientos. Así fué que, a la hora diez y seis, cuando se clausuró el acto comicial, y entregáronse las urnas al Concejo, Antuco, es decir, el doctor Antonio Etcheverrigaray, llegóse a su padre y le dijo:

—Hemos perdido...

—¿Lo sabes seguro?

—Lo presiento, papá. ¡Lo tengo aquí!

—Y se golpeó el pecho.

Esa misma noche, de acuerdo a prescripciones legales y a una práctica establecida, y sobre todo a la seguridad del oficialismo respecto del éxito, se procedió a escrutar los votos emitidos. Una nube de gente circundó la casa municipal. Los colonos también rumbearon hacia el lugar, inquietos por conocer las cifras del escrutinio, fiscalizado por Antuco y algunos amigos animosos, y desde la primer urna escrutada se notó la preferencia ciudadana.

La tarea tornóse dificultosa. La policía produjo un desorden para desalojar la barra. El intendente declaró que el doctor Etcheverrigaray no podría incorporarse por falta de residencia, pues no hacía dos años que estaba en el pueblo, ya que su vida de estudiante la pasó en Buenos Aires. Todo esto se iba produciendo en pleno escrutinio con el propósito evidente de entorpecer el acto. Pero Antuco se mostró inflexible y sus amigos porfiaron en secundarlo. Unos minutos más tarde, sonaron unos tiros en la calle. Se quiso interrumpir el escrutinio, pero Antuco lo evitó.

Su triunfo fué proclamado una hora después.

El "Partido de la Producción" debía pasar al gobierno local, no como fuerza ejecutiva, sin embargo, pues aun duraría un año el intendente, sino como órgano de contralor.

III

LA popularidad del doctor Antonio Etcheverrigaray creció ilimitadamente. Desde aquel instante todo giraba alrededor de su nombre. Lo mismo se le consultaba para dilucidar un gran asunto jurídico que para apadrinar una boda. En la intimidad de sus sueños, los colonos más ricos como los más modestos abrigaban la esperanza de que Antuco casara con sus hijas. Cada linda muchacha de la colonia y del pueblo fijaba los ojos en el joven abogado. El periódico local, surgido a raíz de aquel éxito, llenaba sus columnas con el nombre de aquel doctor hijo del pueblo y el preferido, se decía. En el baile, en el templo por tal o cual padrinazgo, en viajes, en reuniones políticas, en los movimientos ganaderos, etcétera, el nombre del doctor Antonio Etcheverrigaray aparecía en primer término, y a tal extremo había sido llevada su popularidad, que los tipógrafos del periódico no distribuían ese nombre que les presentaba algunas dificultades para componerlo tan seguido... Y al fin entró también su auge en las esferas oficiales, hacia las que procuró llevarlo el gobernador, que

(Continúa en la pág. 24)

LA ILUSION DE SANCHO PANZA

POR FEDERICO GOLÁN

A no decirnos el Manco célebre, en el discurso de su Quijote, que Sancho, a más de tener poca sal en la mollera era un sensual muy afecto a las comodidades principescas, y un haragán de no haberle peor, trabajo nos costara aceptar que tan de buenas a primeras, cuando a verlo va el caballero de larga fama para prometerle una ínsula, con el entendimiento de hacerse su escudero, se largue por ella sin más ni más, como galgo detrás de la liebre y sin despedirse siquiera de su oíslo, Teresa Cascajo; lo cual hizo de puro miedo a encontrar una recia oposición a sus designios.

Mentecato había de ser por cierto para dar asentimiento a las razones razonantes con que Don Quijote le ofrece su escudería; pero ello solo no hubiera bastado para explicar la tal decisión, pues que muchos mentecatos hay en el mundo que no le hubieran dado su consenso, por más que longánima era la promesa. Y es que una promisión de tal índole encuentra ante el entendimiento más cerril, obstáculos de toda naturaleza. En efecto, otro—que no Sancho—hubiese cavilado cinco o diez minutos la proposición, y luego preguntárale al caballero: ¿Es que las ínsulas, señor Don Quijote, pueden obtenerse así que así, por un quítame allá esas pajas? ¿Parécele a vuesa merced que soy yo persona de gobierno? ¿Y qué son ínsulas, señor hidalgo? Y otras cosas del mismo jaez, que por las mientes pásanle a Teresa, siendo, como a buena cuenta lo es, tanto o más necia que su marido.

Las primeras cualidades del caletre del simple son la desconfianza y el sentido práctico. Todo porro desconfía como el que más, sabidor de su cortedad mental; y aunque no sea difícil enmarañarle con discursos y promisiones, no fácil es sacarle de su casa en busca de aventuras inciertas, como Don Quijote hiciera con Sancho. El sentido práctico, asimismo, exige beneficios contantes y sonantes, que no promesas, de lo que viene que ningún hombre de menguado entendimiento sea emprendedor y se aventure a empresas más o menos grandes, pero hipotéticas; más seguro le es cultivar el huertecico y destripar tierras, que exponerse a ganar mucho de golpe so riesgo de perderlo todo. Por otra parte, en siendo trabajador, un necio jamás piensa, y piensa bien, que podrá vivir de otra manera que no sea trabajando; y en pensando así, de verdad que su codicia no puede trasponer los cabales de su estado y condición; porque trabajando rudamente no se pueden imaginar muchas cosas por el natural cansancio del cuerpo, y porque no es posible suponer que a fuerza de sudar el hopo, llegue uno a escalar grandes fortunas y elevadas dignidades; siendo que el trabajo, cuanto más rudo, a duras penas da que comer. De aquí también se sucede esa resignación, de pergenio dogmático de permanecer los cuatro días de esta existencia tal como se ha nacido; ningún lugareño que tenga el juicio bien asentado alimenta la ambición de remontarse a estados superiores. Prueba de esto la tenemos, y buena, en la célebre plática que con su mujer tuviera el escudero cuando le propone hacer condesa, o algo parecido, a su hija Marisancha por medio del casorio.

"— Eso no, Sancho — responde aquélla; — casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda, y de una "Marica" y un "tú" a "una doña tal" y "señoría", no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera."

Insiste Sancho en su proposición y trata de avenirla de todos modos, pero la ruda mujer ve en Sanchica condesa o señoría, a una desdichada, y llora muy de cierto su desgracia, discurriendo muy justamente que ella le vendrá por haberse alzado a un nivel que no le correspondía; y que la gente le ha de echar en cara a cada instante su origen vulgar y ruin, llamándola villana, hija de destripatierras y pelarruecas; y para sumar en una expresión toda la inmensa calamidad que prevé en ello, concluye diciendo, con los ojos inundados de lágrimas, que el día que la viere condensa hará de cuenta que la entierra...

En verdad, Teresa tiene el juicio más sano que Sancho; no quiere que su hija se case con un superior a ella para ser rica, y tiene sus miras puestas en un modesto labrador, sujeto su igual, "mozo rollizo y sano, que ambos conocen, y que sabe que no mira de mal ojo a la muchacha"; y lo esencial de su argumento es que ese mozo, Juan Tocho, la ha de entender, cosa que no sucederá en aquellos "palacios grandes". ¿Cuándo se le ocurren a Sancho tan acertados pensamientos? ¡Nunca! Él sueña con que Sanchica se siente en la iglesia sobre alcatifa y almohadas y arambeles; con los homenajes y la señoría; la riqueza y los banquetes. Ni un solo minuto piensa en si la moza ha de ser o no feliz con eso, lo cual le acontece por haber puesto en ello toda la dicha a que un mortal pueda aspirar.

La desconfianza y el sentido práctico existen en Sancho, sin embargo, como el lector lo habrá comprobado en el discurso del libro de Cervantes; los relieves más salientes de su carácter son ellos, indiscutiblemente; el escudero a cada momento duda de la producción de la isla, y no deja nunca de "resarcirse" aprovechando todos los beneficios de la en mala sazón improvisada caballería. Pero, puesto que su magín ha admitido la vaporosa idea del gobierno de una ínsula, que el prometedor no podía presentarle en las manos para certificar su existencia real, algo debía ocurrir en su interior.

Por lo común, para engañar a un hombre de menguado criterio, necesítase vencer su natural desconfianza con pruebas materiales, magüer falsas, cosa que a Sancho le holgó, pues que le fué suficiente el discurso de Don Quijote para que la ínsula se le hiciese cierta. ¿De qué suerte se explica esto? Es que Sancho, aun no sabiendo leer ni escribir, ni pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, era un perfecto desadaptado. Mientras Teresa, el ama y la sobrina practican el "Sancho eres y Sancho has de ser", él se rinde ciegamente al "ruin sea quien por ruin se tiene"; adagio que rige su conducta y es completado por aquel otro: "Si te dan la vaquilla, corre con la soguilla". Y no por otra causa que por esto es que cuando su esposa le pone reparos a lo de la señoría de Sanchica, él replica con todo desenfado:

"— Calla, boba; que todo será usarlo dos o tres años; que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere."

Por esta réplica se adivina que Sancho, aun antes de salir con Don Quijote, debió abrigar ambiciones cortesaniles, pues de no ser así no hubiera considerado factible para él el gobernar ínsulas, con lo que no hubiera aceptado la propuesta de Don Quijote. ¿Cómo pudo haberse producido en este mancebo una tal descomunal ambición, para la que no tenía méritos reales, y que tan bien preparado tenía su ánimo para que la arenga del paladín delirante le decidiera a salir con él por esos mundos, en busca de fechos y fazañas memorables?

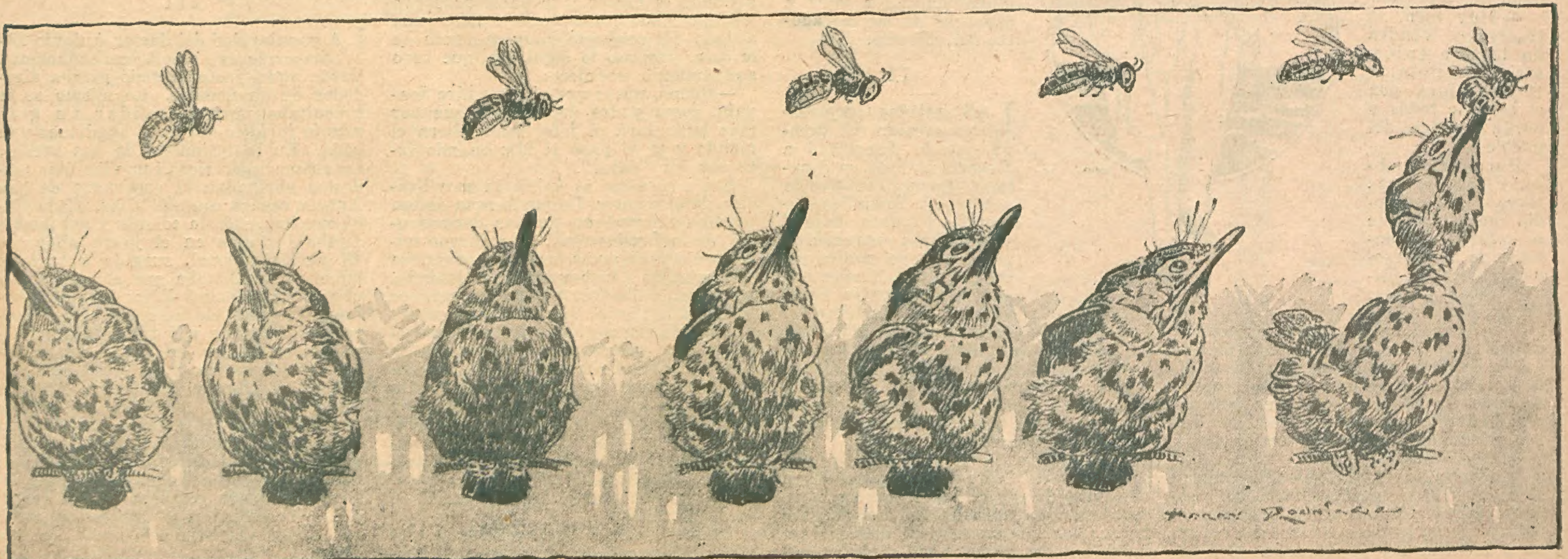
Hemos dicho cuál era el canon moral de Sancho; para comprender su ambición es menester demostrar, con prioridad a todo, que cobijaba un exagerado concepto del propio valer, sin lo cual carece de fundamento y se viene abajo la ambición más menguada. Nadie ambiciona aquello que está convencido que no tiene capacidad para detentar, a no ser un loco. Sancho siempre se creyó superior a todos los que le rodeaban y eran de su condición; más todavía: cada vez que se compara con gobernadores y condes, encuentra que no le llegan a la altura de la suela de los zapatos. ¿De dónde le viene esta exagerada convicción? Nadie puede deponer que se la creó Don Quijote; los discursos no ejercen tanto poderío sino donde hay terreno propicio. Sancho, entonces, se creía con méritos suficientes para desempeñarse bien en cualquier cargo o dignidad, aun antes de ser escudero. Esto, innegablemente, demuestra más su necedad; pero la necedad sin ambición no produce a los Sanchos.

Para mejor darnos cuenta de las miras principescas de nuestro personaje y el origen de ellas, tenemos que ver cómo se pasaba la vida en su hogar, y con esto cataremos, a la par, la secreta tendencia de su afán por la gobernaduría.

Sancho — ya lo dijimos — era un haragán consumado, y ninguna cosa hay más eficaz para encender el magín de la gente que el ocio, pues es cosa averiguada y comprobada que cuando el cuerpo se halla en reposo, trata de echar de sí todo el excedente de energía que en él mora; y esta energía, en tal situación, vase por la sesera en forma de humecillo etéreo de ensoñaciones. Sentado esto, ¿qué extraño fuera que, más de una vez, a sus solas, mascando pan y cebollas, Sancho haya discurrido acerca de la manera de vivir de los reyes, los condes y los gobernadores?; ¿qué novedad hubiera en decir que se le hiciese agua la boca al pensar en los ricos manjares, el mejor vino y la ultra mejor cama y pereza de esa gente? Sabiendo, como sabemos, que Sancho lo reducía todo a la oficina del estómago, podemos afirmar que Don Quijote y su promesa debieron caer en su casa como un maná, como una revelación estupenda; como una luz esplendorosa cual aquella, sin duda, que guió a los Reyes Magos hacia el pesebre en que había nacido el Salvador. Cinco minutos antes de que el iluso paladín fuese a verlo, la imaginación de Sancho seguramente se había placido por mesas opíparas como las de Luculo o Sardanapalo; y, ¿qué mucho que viera en la ínsula promesa la real satisfacción de lo que había visto imaginativamente?

Desde ese momento en que Don Quijote baja la mano finando su discurso, y calla, las vagas fantasías que poblaron el meollo de Sancho polarizan todas hacia la ínsula como atraídas por una calamita; y las meras y vanas divagaciones conviértense al punto en tan deslumbradora ilusión, que en el mismo instante sacrifica la calma apacible de su hogar, la sensibilidad placentera de su cuerpo, y la bota de vino, y la cebolla y el mendrugo cotidianos de sobre la rústica mesa, por la trajinante y asendereada vida de escudero del más desgraciado de todos los andantes caballeros. ¡Tanto es, ¡oh dioses!, el poder de la ilusión!; espejismo que seduce al sirviente y al amo, con la misma fuerza de sugestión avasalladora e inconjurable.

HISTORIETA ORNITOLÓGICA



Frío... Frío... Tibio... Tibio... Caliente... Caliente... Caliente... ¡Se quemó!

UN LOCO FELIZ

POR

ESTELA VIÑALES

DIBUJO DE VAQUÉ

SE llama Miguel Ángel, oriundo de Nápoles, la ciudad de los alegres organillos callejeros, peticito, exageradamente grueso (válgame la comparación), semeja uno de esos vulgares barrilitos de cerveza que hacen rodar cuadras enteras los no menos vulgares dependientes de almacén.

Viste siempre, invariablemente, un raído traje verdinegro con sus infaltables remienditos en la parte superior del pantalón, y lleva en la cabeza, como vestigio de lo que fué antes flamante sombrero, un embudito grasiento y desteñido que se entierra, cariñosamente, hasta los pabellones auditivos.

Tal nuestro hombre, al que faltan, por añadidura, los cinco tornillos de la cabeza, figura tan típica del barrio como lo fueron el mazamorrero o aguatero de antaño, y al que todos conocen con el pomposo sobrenombre del "novio de la Infanta Isabel".

Os llamará justamente la atención la pomposidad del apodo, pero al hacer la historia verídica que sigue os daréis cuenta que el bueno de don Miguel no es otra cosa que un pobre e inofensivo loco que tiene su tema, como reza el antiguo refrán.

Hace treinta y cinco años, a bordo de un vapor que llegó a nuestras playas, procedente de la península itálica, venía Miguel Ángel, joven entonces de veinticinco años, su esposa Concepción, y sus tres vástagos: Carlitos, Rafael y Antonio.

Concepción tenía veinte años, y era una italianita buena moza, y, sobre todo, excelente esposa y madre. Miguel Ángel la amaba entrañablemente; por ella y por sus hijitos se había venido a América, a probar fortuna, atraído por esa sed de riquezas que desde muchísimo tiempo lanza a nuestras playas a millares y millares de extranjeros.

A su arribo, sin otro capital que un buen corazón henchido de ilusiones, con unas ansias infinitas de trabajar, de levantarse, de crear un porvenir para sus hijos, la suerte les había tratado rudamente, pero los dos habían batallado bravamente por el pan de aquellos tres angelitos, engendros de un amor grande, por encima de todos los obstáculos, y, como todos los audaces, habían triunfado.

A la vuelta de unos quince años tenían ya dos casitas, ganadas con el sudor de su frente.

El oficial albañil había sido y seguía siendo incansable para la labor; ella le había ayudado en otros tiempos con el producto de algunos lavaditos, sin descuidar por eso sus deberes de dueña y señora del hogar.

Ahora ya no trabajaban, y la América, siempre pródiga con los extranjeros, habíales regalado un par de hijitos argentinos, una nena y un nene: Juancito, que a la sazón contaba cuatro años, y llevaba enajenados a Miguel y a Concepción, porque el muy pillo cuando veía a mamita o a papito tristes solía colgárseles del cuello y, besándoles infinitamente en los ojos, en la boca, en la frente, atuzándole los obscuros bigotes a Miguel Ángel y haciendo cosquillas a Concepción, hacíalos reír hasta llorar.

Pero un día la mala estrella, que ronda siempre a la puerta de los felices, transpuso los umbrales de la tranquila casita de Miguel Ángel.

El nene se enfermó; tenía las mejillas cárdenas, los grandes y azules ojos entornados, la boquita reseca y fatigosa la respiración.

Se llamó al médico inmediatamente, y éste, un viejo doctor frío e insensible a fuer de rozarse constantemente con el dolor humano, sin inmutarse, con la misma prosaica ligereza con que escribía sus recetas, habíales dicho: "Una pulmonía doble, fulminante; el caso es grave, muy grave, casi perdido; pero, si ustedes quieren, yo haré lo posible..."

En aquel "Si ustedes quieren..." había ido la frase ambigua: "Si ustedes tienen con que..."



Miguel Ángel la había entendido.

—Señor doctor: nosotros no nos fijamos en nada; todo será para usted con tal que el chico se salve.

Pero, a pesar de todo, pese al amor con que unidos lucharon a brazo partido con la muerte, el nene se fué.

Y la soleada casita de campo donde otrora mezcláronse el canto de los pájaros con la alegría ruidosa de los chicos en un himno triunfante a la vida fué mansión de inconsolable llanto. Tan profundamente en sus almas habíase introducido la almita del pequeño.

Y como si el dolor que dejó tras sí la camita vacía no fuera lo bastante, a los seis meses de haber muerto el nene le abandona también ella, su Concepción, víctima de una tisis contraída a fuerza de sentir y de llorar.

Fué entonces cuando el bueno de Miguel Ángel rugió como una bestia herida más que lloró su pena.

Buscó en vano en el maremágnum de sus recuerdos algún pecado grande que hubiera cometido y al que correspondiese el tremendo castigo con que lo azotaba la suerte. Y su alma, simple, no encontrando la solución del enigma, pensó que todo aquello que le pasaba no era otra cosa que un injusto castigo del cielo, y aquella idea obsesionante puesta a morderle el corazón y el cerebro lo enloqueció.

Aquella misma tarde, junto con el ataúd que llevaba a la compañera de su vida, fué llevado al manicomio, atacado de súbita y furiosa locura.

Allí, en el hospicio, vegetó varios años junto con centenares de pobres enfermos como él, hasta que un día amaneció con una extraña manía. Vociferó a todos los vientos que él no era un loco, que era cuerdo, bien cuerdo; estaba allí porque era el novio de la Infanta Isabel, y un conde, su rival, lo había hecho prender y encerrar para que pasase por loco.

Sin embargo, la Infanta lo quería, y muy pronto habían de casarse. Y sería rico, inmensamente rico, tendría legiones de sirvientes y el conde se moriría de rabia.

Ya no era Miguel Ángel el loco irascible de antes, no había persona que visitara el establecimiento a quien no contase su odisea; pasábase largas horas en éxtasis contemplativo.

PASÁBASE LARGAS HORAS EN ÉXTASIS CONTEMPLATIVO...

Los médicos lo dieron de alta a pedido de los hijos, y el pobre loco fué a ocupar una piecita de madera en los fondos de una casita de mi barrio.

Allí cuenta a todos su historia y pregona a todas luces el amor de la Infanta Isabel por él, agregando, jovial y optimista: "Debe venir en estos días; tengo que ir a esperarla"...

Pero la Infanta nunca llega; no llegará nunca...

Y en los días grises y lluviosos, en que los pobres locos se ponen fatales, irascibles, presas de una extraña inquietud y desasosiego, llueven a la casa de Miguel Ángel los telegramas, las esquelitas perfumadas y con ramitos de diosmas o pensamientos secos. Todas ellas cartas de amor firmadas con estas palabras: "La Infanta Isabel, tu prometida."

Esta mañana lo he encontrado, y como me saludó cordialmente, le pregunté:

—¿Qué tal, don Miguel: espera hoy noticias?...

Y él, consultando el cielo, que amenazaba lluvias, me respondió:

—Ya sabe, signorina, que a ella le gusta escribirme cuando está per llovere.

La Infanta son las muchachitas del barrio que, con su ingenio, cuando amenaza mal tiempo, escriben las esquelitas perfumadas para dulcificar la vida de aquel pobre loco.

¡He ahí por qué ella le escribe siempre, cuando está por llover!

A ORILLAS DEL RIO

Los sauces meditaban... Era la hora
que hace ver, en su gran melancolía,
la tarde que se dobla de agonía
y a la noche cercana que la llora.

El postrimer reflejo, que atesora
casi siempre no sé qué hechicería,
desplegaba sus vuelos de poesía
y se hundía en el alma soñadora.

—¡Oh, mira aquel velero!...—interrumpiste.
Con la mirada pensativa y triste,
del velero seguí la trayectoria,

¡y pensé que en los viajes de ilusiones
también vuelan así los corazones
cuando van a las playas de la gloria!

CAYETANO ORESTE

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

De las casas americanas, la más antigua es acaso la situada en Guildford. Fué construída en 1639. Sus paredes son de piedra, de gran espesor, con angostas ventanitas, especie de ranuras, desde las cuales se hacía fuego contra los indios pieles rojas, feroces enemigos de los pobladores blancos.

Para oír el funcionamiento de las entrañas, los médicos usan diariamente el "estetóscopo". Pues bien, este aparato fué inventado por Laenec después de observar el juego de dos niños. Tenían una cañita, y mientrás uno la aplicaba al oído, el otro con un alfiler rasqueaba en el extremo opuesto. Consistía el entretenimiento en un fenómeno de transmisión y ampliación del sonido; esa escena dió por resultado la idea del tubo a que hicimos referencia.

Las escuelas en los bosques han dado resultados admirables en varios países europeos. Estas escuelas se hallan destinadas exclusivamente a los niños enfermizos, para quienes el aire puro es casi más necesario que el comer.

Gusta mucho al elefante darse chapuzones en el agua, siendo gran partidario del baño, aunque prefiere la ducha, que se da empleando la trompa como una manga de riego.

Los judíos poseen actualmente en los Estados Unidos el monopolio de algunas industrias, entre éstas la del cinematógrafo y la de los géneros.

La misión de la geisha japonesa es hacer la vida alegre y agradable; sabe bailar, cantar, tocar toda clase de instrumentos, contar con gracia muchas historietas y leyendas; tiene contestaciones rápidas y agudas; en la conversación es acariciadora, encantadora y sabe jugar a toda clase de juegos.

Hace más de veinticinco siglos que el oro y la plata vienen empleándose como moneda, como medio de cambio, de la misma manera que se usaban también el trigo, el arroz, la sal, los dátiles, los dientes de tiburón y otros, pero estos últimos solamente tenían valor local.

Una de las más bellas ciudades del mundo es Jeipore, en la India; las casas más ordinarias son de granito cubierto con estuco brillante y las de los ricos están revestidas de mármol blanco. Da la impresión de una gran cretona floreada, extendida en ese lugar.

Muchos pretenden que la mujer instruída reúne más condiciones que el hombre para manejar los negocios públicos.

El carácter que se da a una habitación influye en el que la habita. Los que desean ser felices deben procurar habitar casas alegres y decorarlas con cosas que contribuyan a recrear los ojos y producir una impresión optimista en el espíritu.

Para burlar los rigores de la ley seca los contrabandistas recurren, en los Estados Unidos, a los procedimientos más ingeniosos. Recientemente se descubrió que se introducían grandes cantidades de licores dentro de las lamparitas eléctricas.

Aunque algunas plantas tropicales se hielan a la temperatura de cinco grados centígrados sobre cero, hay otras que soportan los terribles fríos del invierno polar sin sufrir nada en su constitución. Las flores de los Alpes se desarrollan entre nieve y hielo, si bien durante toda la noche y una buena parte del día están heladas.

Una fábrica de aparatos de electricidad en Londres ha estado ocupada durante varios meses en la construcción de un notable árbol de Navidad, destinado a una lejana colonia británica. Es un inmenso abeto de metal lleno de frutas de varias clases. Tiene una llave que, al dar la luz, el árbol se convierte en un ascua viva. Las uvas y frutas de cristal llevan dentro lamparitas eléctricas. El árbol costó la friolera de 13.750 francos.

En las montañas de Anatolia, en Asia Menor, existe una curiosa fuente que ofrece la particularidad de verter agua fresquísima durante cincuenta minutos, y después de este tiempo comienza a calentarse y desprende gran cantidad de vapor.

Los antiguos romanos sepultaban a los muertos en sus casas, de donde derivó el culto a los lares familiares. Pero tiempo llegó en que las leyes prohibieron sepultar no sólo en las casas, sino en el recinto de la ciudad.

Australia tiene suficientes vacas para dar tres a cada habitante. La Argentina es superior en este reparto quimérico: si las vacas de su territorio pudieran distribuirse por igual, tocarían cinco a cada uno de los habitantes.

Un coleccionista francés realiza desde hace muchos años una colección de dientes de personajes célebres. Cuenta un incisivo de Napoleón, otro de Wéllington; un molar de Víctor Hugo, etc. Ignoramos cómo demuestra la autenticidad de las piezas de su colección.

Dice Laenec que el volumen del corazón en estado normal es igual al de la mano cerrada, es decir, el puño del individuo a que pertenece. A mayor edad es mayor el peso del corazón. Un hombre de treinta años, por ejemplo, tiene un corazón de 264 gramos, y en otro de setenta años, pesará 312 gramos.

Erróneamente se cree que los instrumentos de aire son nocivos para los pulmones. Al contrario, es tal su acción benéfica, que los médicos recetan dicho tratamiento, graduando el de mayor esfuerzo según los casos.

Las garras mandibulares de la avispa tienen tal fuerza, que si se coloca uno de estos insectos en una caja de fósforos, no tarda en taladrarla con suma facilidad. Comparando el tamaño del insecto y la resistencia fibrosa de la madera, el caso es verdaderamente extraordinario.

El juego de naipes más complicado es el "piquet" o "juego de los cientos", el cual, por otra parte, no es tan moderno como se cree.

El insecto más esparcido en todas las zonas del mundo es el escarabajo. Entre las tierras conocidas, es acaso Spitzbergen la única en que no pulula este animalito, considerado como sagrado en muchos pueblos y sobre el cual giran numerosos cuentos, relatos y leyendas.

En China no se mira la barba como un adorno, sólo se la deja crecer en una edad avanzada, y antes de los cuarenta años no lleva nadie bigote. El elegante que se presentase con patillas de guardabosque o bigote retorcido a la borgoñesa, sería señalado con el dedo y silbado sin compasión.

LA SOCIEDAD DE LOS ESCÉPTICOS



Estos graves señores, en su afán de poner en claro las cosas, pretenden comprobar si es verdad que "al que madruga Dios lo ayuda".

En pocos ejércitos se acostumbra dar al soldado un poco de tabaco como ración militar. El italiano es uno de ellos. Juzgan los estadistas del reino, que cierta dosis de cigarrillos contribuye a mejorar la aptitud y el rendimiento intelectual del soldado, ya que la guerra moderna no es tan mecánica e irreflexiva como la de antaño, necesitando, por el contrario, iniciativa propia y atención.

El combustible más a mano y más económico de la Pampa es la "bosta", excremento del ganado lanar que se corta en panes dentro del corral y constituye excelente medio para hacer fuego, allí, donde la leña de los montes no es abundante.

Los indios chiquitanos celebran el día de la Candelaria (2 de febrero) una fiesta que llaman "butucú". Es una batalla o torneo con flechas embotadas con bolas de cera o de madera para vengar mutuos agravios. Esta especie de "juicio de Dios" se celebra en la Plaza Mayor de los pueblos, al son de cajas y flautas, presidiendo los caciques. Las mujeres, detrás de los flecheros, les alargan las flechas y sirven "chichú" para enardecerlos. Terminada la batalla, ambas parcialidades se dan la mano de amigos, convidándose mutuamente a bailes y libaciones que duran dos o más días.

Los cardones alegran el paisaje de los terrenos montañosos con sus caprichosos troncos herbáceos, verdes y estriados, en cuyos extremos apuntan anchas flores blancas, amarillas o purpúreas, según el cactus. Algún tronco crece aislado, tomando la colosal magnitud de un obelisco. Los más se ramifican hacia arriba, lo que les ha valido el nombre de "cirios".

Los leones, los tigres y las panteras se lavan en la misma forma que los gatos, empleando las patas como esponjas para asearse las partes del cuerpo a donde no llega la lengua. Los conejos, las ratas y los ratones tienen la misma costumbre.

DON PISTAN

CUENTO NATIVO

POR CARMEN GUTIÉRREZ DE AGÜERO

POPULARÍSIMA era la figura del viejo don Pistán en aquel pueblo de Salta, allá por el año mil novecientos...

Interesante personalidad de viejo criollo, único dueño y señor de su rancho de adobe, en donde por no faltar nada, sobraban las damajuanas de legítimo vino de Cafayate, fragante y generoso.

Vivía con el producto de la venta de algunos caballos que cuidaba con afán; comía poco, bebía mucho, y no necesitó jamás, otra "robe de chambre", que su luengo poncho indio que le llegaba a los talones, ni más sombrero que uno de paja negruzca, protector contra las lluvias, los solazos y los granizos.

Muchas eran las leyendas que se tejían sobre el pasado de don Pistán; los había que aseguraban haberle conocido mozo trabajador y feliz, con una hermosa mujer y lindos hijitos cuya vida fué arrasada por la epidemia del cólera del 82; otros decían que, sorprendiendo infidelidad en la compañera amada, habíala muerto a talerazos, después de llevarla con engaños hasta el Portezuelo Chico, lugar solitario y triste, cubierto de piedras, cercano a la capital salteña; los más, le tenían por un viejo arruinado, que, siendo muy rico, había perdido, durante una travesía por la Cordillera, veinte mulas cargadas de oro y plata, producto de la venta de ganado en Chile... Fuese lo que fuere, el pasado de don Pistán quedaba en la bruma; su presente era el de un viejo misántropo, maniático a ratos, borrachón y generoso, que, según los supersticiosos de la comarca, tenía relaciones con el diablo y hablaba con los muertos.

Su popularidad se debía, más que a otra cosa, a una manía impresionante: asistir a todos los entierros.

Cualquiera fuese el sexo, la edad o condición del muerto, allá iba don Pistán, cerrando el cortejo fúnebre, como un perro enfermo que no pudiera avanzar a la par del amo...

Llegaba al cementerio, miraba o ayudaba a bajar el cajón al fondo de la fosa, cavada en aquella tierra negra, fresca y blanda por el humus, arrojaba sobre el ataúd el primer puñado de tierra, y cuando todo había terminado y las gentes estaban lejos, don Pistán rezaba una plegaria extraña por el alma del muerto, hacía cruces y signos en el aire, y, lanzando una última mirada a la tierra removida, a la cruz escuálida y a las flores abandonadas, volvía solo, en medio de los aletazos de su poncho, castigado por el viento, besado por la lluvia o dorado por el sol...

A medida que llegaba a poblado, una rara alegría iba apoderándose del viejo. En cada boliche hacía una estación, y bebía indiferentemente vino o caña, ginebra o chicha. Como era largo el camino del cementerio al rancho y muchos eran los boliches a su vera, el viaje duraba dos y tres horas; en el último despacho cargaba con una botella llena, y así terminaba el camino por callejones desiertos, tambaleándose de rincón a rincón, hablando en alto, besando la botella, y provocando el ladrido, ya furioso, ya lastimoso, de los perros todos.

Cuando era un angelito el muerto, la borrachera empezaba en la casa del duelo; mas él no pernoctaba en sitio alguno; siempre volvía a su rancho, como un duende atontado que se hubiera perdido en aquellos callejones suaves de luz de luna o espantables de sombra y frío.

—¡Pero, don Pistán, quédese! ¿No tiene miedo de volver solito? ¡Y siempre anda con plata!... ¡Quédese!

—No, pues; ¿de qué'i de tener miedo?... El alma del dijunto me protege.

—Sí... Pero mire que andan bandoleros...

—¡Qué bandoleros ni qué amolar! A mí el alma del dijunto me protege.

Era imposible hacerle desistir; su inquebrantable fe en la protección del alma del muerto lo hacía temerario; y en verdad que, desde tiempo inmemorial, siempre anduvo así, solo y con plata, y nunca le pasó nada.

"El alma del dijunto lo protegía."

AQUEL día, cayendo ya la tarde, enterraban a don Santiago Benítez, quien había fallecido ese mismo día, repentinamente, dejando viuda a una hermosa rubia, doña Tránsito Palacios, de la que malas lenguas decían cosas como para taparse los oídos.

Entre esas cosas, la de menor calibre era que la rubia Tránsito no quería ni esto de la uña a su marido, ¡Tan bueno don Santiago!, y que se había casado con él de purito interés a sus pesos...

Sin embargo, la viuda parecía inconsolable; hasta el mal le dió, y para separarla de junto al cajón a la hora del entierro, costó un negro con pito de oro.

Hubo quien la compadeció de veras, y olvidando las pasadas habladurías, confesase que la rubia Tránsito era buena y lindaza; pero alguna que otra vieja arpía aseguraba haberla visto pellizcarse para provocar el llanto, y mirar el cadáver de don Santiago con una alegría sospechosa.

¡Vaya uno a saber!... Es el caso que, como otro cualquiera, el viejo don Pistán asistió al entierro del señor Benítez, echó sobre el cajón el primer puñado de tierra, ayudó a acomodar las coronas y los ramos sueltos, oliendo antes con fruición cada uno de ellos, dijo sus oraciones, y volvió, entrada ya la noche, haciendo las acostumbradas libaciones en los boliches, y luego, a las "quimbas" y quebradas por los callejones solitarios, rumbo al rancho.

Los perros, más que ninguna vez, lo acosaban, y él, como quien cumple con un compromiso ineludible, les gritaba:

—¡Hijuuuu! ¡Hijuuuu! ¡Hijuuuu!...

Por lo demás, iba muy tranquilo. De repente, saltaron sobre él dos hombres, de chambergo sobre los ojos y armados hasta los dientes.

—¡Entregá la plata, viejo borracho!

Don Pistán escurrió el cuerpo de un salto, y sin darse cuenta cabal de lo que le pasaba, se aprestó a la defensa. Mas los otros eran malvados y baquianos.

—¡Entregá la plata, viejo borracho, o te achuramos aquí mismito!

¡La plata!... Tenía cuatrocientos pesitos de los tres mejores caballos que había vendido esa mañana. Pero..., ¿acaso no venía del entierro de don Santiago? ¿Cómo era que el dijunto permitía que le asaltaran?

Entonces la borrachera se esfumó como por encanto, y el viejo empezó a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Alma de don Santiago! ¡Alma de don Santiago! ¡Protegeme! ¡Alma de don Santiago!... ¡A mí! ¡A míii!...

Una gruesa carcajada partió de la boca de los bandidos. De lástima no lo mataban al viejo, pero lo volvían loco a planazos.

—¡Entregá la plata, viejo maula!

—¡Alma de don Santiago! ¡Alma de don Santiago!...

De pronto, como un lamento feroz, salió un aullido de la garganta del viejo. Tan horrible fué el grito, que los bandoleros se estremecieron, titubeando un instante.

—¡Entonces lo han enterrao vivo! ¡Vengan, vengan conmigo! ¡Lo han enterrao vivo! ¡¡Lo han enterrao vivo!!...

Y arrojando los billetes, que los ladrones no atinaron a recoger, salió corriendo, desandando el camino, y gritando con la voz desafinada por el espanto:

—¡Lo han enterrao vivo!... ¡Lo han enterrao vivo!...

Cruzó las primeras callejas del pueblo con el poncho volando, sudoroso y semiahogado. Llegó a la casa del muerto, dió unos aldabonazos aturdidores; cuando abrieron entró enloquecido hasta la alcoba de doña Tránsito.

—¡Su marido!... ¡Su marido!... ¡Lo han enterrao vivo!... ¡Hay que desenterrarlo! ¡Vamos, vamos!...

La mujer creyó ver al diablo en persona. No obstante, en medio de la alarma, atinó a sacar algo de debajo del colchón, que luego, vestida ya, arrojó al aljibe del patio principal...

Peones y sirvientes se levantaron y con palas y picos siguieron al viejo.

—¡Corran..., corran!... ¡Lo han enterrao vivo!...

Los vecinos oyeron como en una pesadilla los gritos del viejo; no fueron pocos los varones que, vistiendo lo indispensable para no asustar a los vivos ni ofender a los muertos, salieron de las casas y se incorporaron al grupo que corría.

Llegaron. La luna llena iluminó la escena.

El viejo, como un perro de caza, los ojos fuera de las órbitas, jadeante y sudoroso, empezó a escarbar el suelo con las uñas.

—¡Don Santiago!... ¡Don Santiago!...

Las palas pronto vaciaron la fosa.

Entonces, todos los presentes sintieron como una mano que les oprimiera la garganta. Elevaron el cajón...

La tapa estaba levantada, astillada por un esfuerzo supremo; de adentro salía el brazo de don Santiago Benítez, ensangrentado y frío ya, con la mano crispada en la desesperación espantosa del que, al despertar de un sueño criminal, se encuentra en un cajón estrecho, bajo la tierra avara..., enterrado vivo...

DIBUJO DE MARTÍNEZ JEREZ



—¡LO HAN ENTERRAO VIVO!... ¡LO HAN ENTERRAO VIVO!...

MI CASA

POR MARÍA DEL PILAR FERNÁNDEZ

Construí mi casa hidalga piedra por piedra.
La planté en roca viva, junto a la mar.
Dejé que la cubriera la mansa hiedra,
y todavía cavo un foso infernal.

Dentro, claustros enormes, solos y obscuros
que devuelven helada mi propia voz.
La sombra entenebrece los blancos muros
y se retuerce airada, fría y atroz.

En áureos pebeteros mezclan su aroma
la mirra y el incienso y el azahar.
Por las tristes ojivas la luz se asoma,
pero yo sé que tiene miedo de entrar.

En la fachada austera, mi escudo de armas:
Sobre campo de gules, un corazón
que escribe, gota a gota, con sangre y lágrimas,
el lema de mi vida: Sueño y Amor.

Quien a llamar se pare, llamará en vano:
no hay puente levadizo, ni hay aldabón.
Caminante: si quieres ser castellano,
por sobre el muro arroja tu corazón.

DOBLE FRACASO

POR

JOSÉ MANUEL BRAÑA

DIBUJO DE FRANKE

Una salita lujosamente amueblada.

La señora viuda de Martínez, muy conservada aun a pesar de andarle raspando a los cuarenta, echada sobre un sofá, con despreocupación, segura quizá de que nadie habrá de importunarla, lee con interés un libro. De pronto, es interrumpida por Julia, la criada, que anuncia:

—El coronel Bolaños aguarda.

La señora viuda de Martínez suspende la lectura, frunce el ceño, se incorpora y ordena, malhumorada:

—Que pase.

La criada se retira a cumplir la orden. Ella, corrige rápidamente la postura, murmurando:

—¡Qué querrá ese hombre a estas horas! ¡No podía haber sido más inoportuno!... ¡Tan entretenida como estaba!...

Aparece el coronel Bolaños en la puerta de la sala. Es un hombre de unos cincuenta años, alto, esquelético. Viste de uniforme. Medroso o cortés, antes de avanzar, suplica más bien que dice:

—¿Me da usted su permiso?

Y ella, sonriendo, se lo otorga:

—Adelante.

El coronel no se hace repetir la orden. Avanza hasta ella y cambia con ella un saludo ceremonioso. En seguida ambos inician el siguiente diálogo:

ELLA.—¡Pero es posible, coronel!... ¡Usted honrando mi casa!

ÉL.—Al contrario, señora Luisa... Yo soy el que se honra transponiendo los umbrales de este paraíso.

ELLA.—*(Vivamente halagada, a pesar suyo.)* ¡Oh, don Olegario; exagera usted!... Pero siéntese... Usted perdone si, distraída, no le ofrecí antes asiento... *(El coronel se sienta a una distancia discreta, agradeciéndole la atención con un movimiento de cabeza y una sonrisa, su sonrisa de "etiqueta".)* Créame que hay momentos en que me siento transportada a no sé yo qué mágicas regiones...

ÉL. — *(Tirando su primera piedra.)* ¡Sueños de la juventud!... Es natural... Usted...

ELLA. — *(Atajándole.)* ¡Yo!... Usted siempre el mismo irónico...

ÉL.—*(Fingiéndose ofendido.)* ¿Irónico yo, que jamás he mentido? No me conoce usted bien, señora Luisa...

ELLA. — *(Con coquetería.)* Puede ser que no... En fin; por las dudas, demos vuelta la hoja... Le aseguro a usted que yo no contaba con esta agradable visita suya... ¡Como usted es tan egoísta para con sus amigos!...

ÉL. — No es esa la verdadera palabra, señora. Yo no soy egoísta con nadie. Soy prudente, nada más... Jamás acudo adonde no me llaman... Y si hoy vengo aquí...

ELLA. — *(Con picardía.)*—Donde, como usted dice, no se le ha llamado...

ÉL.—Efectivamente. Vengo a cumplir con dos deberes. ¿Recuerda usted que, noches ha, en el baile de Olmos, usted me habló de la tristeza que la agobia desde la muerte del señor Martínez, tan digno esposo para usted como buen amigo para mí?

ELLA. — Sí.

ÉL. — ¿Recuerda usted que yo le prometí un remedio eficaz contra esa tristeza cruel, que como un soplo maléfico agosta las rosas de sus mejillas y apaga la fe en su corazón?

ELLA. — Sí.

ÉL. — Pues, cumplo un deber trayéndole ese remedio. El otro deber a que me he referido es una delicada misión que se me ha confiado.

ELLA. — Vamos a ver... ¿Cree usted que ese remedio que me trae será lo suficientemente eficaz, y que la misión que se le ha confiado ha de serme agradable?

ÉL. — ¡Ah, señora! Eso no lo puedo afirmar. Es decir, yo respondo de ambos, pero por usted... ya es otra cosa.

ELLA. — Veamos si es así.

ÉL. — En caso de no ser así, lo único que yo lamentaría es disgustarle.

ELLA. — Se lo perdonaré en premio a su interés y a su palabra.

ÉL. — Muchas gracias; entonces... *(Sin saber qué añadir.)* ¿Puedo empezar?

ELLA. — Sí; puede usted empezar.

ÉL. — ¿Me escuchará usted con atención?

ELLA. — No tiene usted más que ver la ansiedad que me domina.

ÉL. — Bien. El remedio que le traigo para su abulia — que así debe calificarse su mal, — no puede ser más sencillo y más seguro... Usted es aún joven, encantadora..., buena...

ELLA. — *(Suspirando.)* ¡Quién sabe!

ÉL. — *(Cada vez con más fuego.)* Déjeme usted que lo crea así... Pues con esas cualidades usted podría... Vamos, usted podría volverse a casar.

ELLA. — *(Seria.)* ¡Qué disparate!... ¿No cree usted peor el remedio que la enfermedad?

ÉL. — *(Descorazonado.)* ¡Yo no, señora! Si lo hubiera creído así no lo hubiese recetado... De modo que usted cree...

ELLA. — *(Indiferente.)* Lo que le digo; que es peor el remedio que la enfermedad.

ÉL. — Lo que quiere decir que está usted lejos de pensar en volver a casarse... ¿Es así?

ELLA. — Así es, efectivamente. Es un paso que, para darlo otra vez, se necesita tener mucho valor... Y yo soy muy cobarde... Pero no hablemos más de esto. ¿Qué otra misión trae usted?

ÉL. — *(Desarmado completamente.)* Ya no viene al caso... Era algo muy



(Continúa en la pág. 26)

LA SEMANA GRAFICA













Los corredores, señores:
1. — Cosme Saavedra
2. — José Zampichiatti
3. — Eugenio R. Gret
4. — Luis Andrés de Meyer
5. — Julio Emilio Polet,

que constituyen el equipo seleccionado por la Federación Ciclista Argentina, para representarnos en los Juegos Olímpicos de París

6. — El campeón femenino de natación, señorita Lilian Hárrison, que se ha embarcado con rumbo a Europa con el propósito de realizar la travesía del Canal de la Mancha

LA POETISA ALFONSINA STORNI EN LA INTIMIDAD



En el balcón de su casa



Alfonsina Storni en su escritorio, despachando su correspondencia, que es muy numerosa



En traje de calle, saliendo a dictar sus cátedras



Esforzándose en dar el buen ejemplo. (Todavía no ha podido aprender a tejer)



Una fotografía tomada durante su estancia en Córdoba el año pasado

En la página 12 hallará el lector el artículo correspondiente a estas fotografías.



Junto a la biblioteca, en la sociedad de sus poetas favoritos



Otra fotografía de su estancia en Córdoba



Muellemente, escribiendo versos



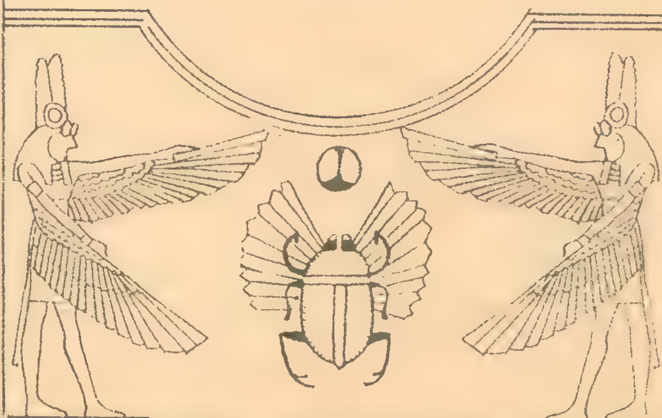
Una instantánea en Mar del Plata

FOTOS LOUZÁN

NOTAS DE LA EXPOSICION BRITANICA DE WEMBLEY



Lady Galway, presidenta de la sección para señoras de la exposición de Wembley, que se realizará próximamente









De la tumba de Tutankhamón a la exposición de Wembley: reconstruyendo el fantástico espaldar de un sillón

El trono faraónico, copiado del original, igual que todos los demás objetos que se expendrán en la exposición



Dando los últimos toques a un florero de alabastro



Estatuas egipcias reconstruídas fielmente





Original vajilla de alabastro para perfumes



El maniquí del faraón, utilizado por su modista





Dos baúles guardarropas, tales como se usaron en aquel entonces

FOTO CENTRAL PRESS Y WILL POTTER

JACHAL QUIERE PROGRESOS: EL FERROCARRIL ES LO UNICO QUE PUEDE RESOLVER EL PROBLEMA

POR EDMONT



NO solamente Jáchal: otros dos pueblos, Iglesia y Calingasta, precisan también los progresos de la comunicación fácil.

Es fuerza que estas tres poblaciones importantes se hallen en relación expedita con la capital de San Juan, en cuya provincia son cabeza de departamento. Sólo así renacerán al progreso que las desarrollaba años atrás, cuando otras regiones de la República, sin las vías de comunicación de que hoy gozan, no competían ventajosamente con la producción agrícolaganadera de aquellas fecundas comarcas sanjuaninas.

Un concienzudo estudio elevado con oportunidad al gobierno por el ingeniero Barilari nos permite informar sobre el estado actual del problema y su clara solución.

Jáchal se asienta al norte de la ciudad de San Juan. Al oeste de San Juan se halla Calingasta, y al oeste de Jáchal, Iglesia.

Iglesia y Calingasta tienen delante, en oriente, la precordillera, que las separa, puede decirse, de la provincia a que pertenecen.

Los cerros de la precordillera presentan dos quebradas por donde se encauzan los ríos San Juan y Jáchal.

San Juan, capital de la provincia de su nombre, debe sus progresos y los de la gran zona que influye a sus medios de comunicación, que los tiene hacia el Pacífico, el norte, el sur, el este. Así es que está en relación comercial con toda la República y el exterior.

Interesa, pues, vitalmente a Jáchal, Iglesia y Calingasta el poderse unir por buenas vías con San Juan, ya que así lograrán hacerlo con el país entero.

Jáchal y los distritos circundantes ocupan una fértil llanura de 35 leguas cuadradas, rodeada de cerros, abundante en alfalfares y trigales, cruzada por canales y alamedas.

Hay allí cerca de veinte lugares con escuela pública.

La población de Jáchal llegaba hace diez años a 17.000 habitantes. Ha ido mermando mucho, debido a que los jornales son, por fuerza, una tercera o una cuarta parte más bajos que en San Juan y sus alrededores.

El flete se lleva toda la plata del agricultor, a quien no le queda con que pagar equitativamente el trabajo: grave cuestión que a veces le obliga a suspender los cultivos, y dejar que la mala hierba invada sus campos.

En la zona de influencia de Jáchal el trigo se obtiene a razón de 1.500 kilos por hectárea, y hay cultivadas 10.000.

La alfalfa es el renglón más grueso. Existen 12.000 hectáreas de ese cultivo. Su semilla se empleaba en la siembra de San Luis y sur de Córdoba. Producíanse de ella hasta 500 toneladas anuales. Pero el flete por tonelada, hasta sólo San Juan, es de 40 pesos, y en San Juan esa tonelada de semilla seca vale 30 a 50 pesos la misma medida. Como se ve, no hay negocio.

Otros productos, cebada, avena, nabo, lino, olivas, remolacha de azúcar, frutas de todas clases, leña de retamo y de algarrobo, uvas, sufren o están a punto de sufrir las mismas penurias.

Los viñedos abarcan 300 hectáreas; los pies de frutales llegan a 13.000.

Entre las empadronadas y las que no lo están, calcúlanse 35.000 hectáreas regadas por la dotación de agua del río Jáchal, además de mucha superficie de los valles beneficiada por los arroyuelos que bajan de los cerros.

Sospéchese la riqueza que todo esto implica, y causará pena el considerarla paralizada. Máxime si se completa la idea pensando en los demás productos y medios de vida propia de esa región.

El censo de 1914 daba por existentes 82.300 cabezas de ganado, entre vacunos, equinos, mulares, asnares, ovinos, caprinos y porcinos.

Hoy la ganadería casi ha desaparecido por falta de mercado accesible.

Y quedan sin explotar, mientras el tren y los buenos caminos no existan, el oro y la plata de Guachi, el carbón de Huaco y las fuentes medicinales del mismo lugar, a las que acudirían de todas partes muchos más enfermos de los que acuden; las calcáreas, el hierro, el cobre, el plomo.

Veamos Iglesia. En su anchuroso valle de Pismenta, ondulado de lomas, cuántas no serían las hectáreas cultivadas por sus pobladores a no impedirlo los fletes desproporcionados.

Las 8.000 hectáreas labradas se reparten en 6.000 de alfalfa, y las restantes de trigo, maíz, cebada, viña, manzanos y legumbres.

Rodeo es la más importante de sus poblaciones, todas con escuela pública.

Se calculan actualmente apenas en 8.000 los habitantes del departamento de Iglesia. Antaño eran muchos más; pero gran parte de su vida de trabajo se ha paralizado desde que los trenes a La Rioja, Catamarca, norte de Córdoba y Santiago del Estero hacen de otros puntos el mercado abastecedor de los productos que antes salían de Iglesia y Jáchal para dichas provincias, y que eran: hacienda en gran cantidad, y trigo, harina y maíz. Se invernaban, además, con destino a las provincias chilenas del norte, 20.000 novillos por año.

40.000 cabezas de ganado diverso hacen hoy el haber ganadero de Iglesia.

Sus minas de hierro, oro, plata, plomo y alumbre se abandonan; aguas minerales famosas, como las de Pismenta, han dado apenas ocasión a un balneario, que vegeta, llamado, con el tiempo, a ser frecuentadísimo.

Y para terminar, anotemos, respecto a Calingasta, que de su faja de tierra, siempre verde, cuyo ancho es de 2 a 15 kilómetros, y que se extiende entre los ríos Castaño y De los Patos, sólo la mitad, 10.000 hectáreas, se halla actualmente bajo riego, ocupadas 8.000 hectáreas por alfalfa, y el resto por trigo y cereales varios.

No alcanzan a 800 los árboles frutales en Calingasta, siendo que podrían, dado el terreno, contarse por miles.

El ganado llega a 21.000 cabezas, entre todas las especies de la región.

En minería, sobresale Calingasta entre todos los departamentos de la provincia de San Juan. El alumbre, del cerro del mismo nombre, se explota deficientemente, y se llevan sus productos a Uspallata. En Castaño Nuevo se obtienen el oro y la plata en barras. Si esta mina trabaja, en cambio muchas han sido abandonadas, debido al mal que padecen por igual Jáchal, Iglesia y Calingasta: el excesivo costo de los fletes.

Ahora bien: ¿A qué se debe, insistirá el lector, este excesivo costo de los fletes?

Primeramente, y es la razón más clara, a que el acarreo se efectúa por caminos a veces primitivos y en mal estado, con medios también casi primitivos.

La distancia de Jáchal a San Juan no es un paso: 209 kilómetros median entre uno y otro punto. Luego, la precordillera es una verdadera muralla: hay que vencer grandes dificultades para atravesarla, y hacen ellas que Iglesia, Rodeo y Calingasta tengan más libre el paso hacia Chile, a través de la verdadera Cordillera, que hacia nosotros.

Si Jáchal e Iglesia quedan a doble distancia de San Juan que lo está Calingasta, en cambio, no existiendo camino directo desde este último pueblo a la capital, se echa para llegar a ella el mismo tiempo que el empleado desde los otros centros.

Con esta explicación, el lector comprenderá el porqué del vivo interés tomado por los sanjuaninos, de unos años acá, a fin de que se prosiga la línea del ferrocarril entre San Juan y Jáchal.

Los poderes públicos, nacional y de aquella provincia, han resuelto, al fin, el problema: el Ejecutivo nacional se expidió en el sentido de que esa vía sea terminada; la tarea se ha reanudado; el gobierno provincial ha tomado su parte; se tiene por bueno el plan de las obras y se ha presupuestado su costo.

Y he aquí que, por todo lo dicho, Rodeo, Iglesia y Calingasta serán también favorecidos: tendrán buenos caminos carreteros, fácilmente enrielables, en su oportunidad, según las vistas inteligentes del ingeniero informante.

Terminadas las obras ferrocarrileras y de caminos, vendrán las rebajas de los fletes, y esas rebajas redundarán en beneficio del productor, quien, así, alentado, multiplicará el trabajo y prosperarán con ello los ricos departamentos sanjuaninos, aquejados hoy, como hemos visto, de la más lamentable de las muertes lentas: aquella que se produce en medio mismo de todos los dones hechos por la naturaleza para la vida, el bienestar y la prosperidad.



Cauce del río San Juan. En el fondo se destaca el cerro El Pardo



Establecimiento industrial, en Castaño Nuevo



Otro aspecto del establecimiento de Castaño Nuevo



Un enorme tronco de vid, en las inmediaciones de Calingasta



Establecimiento de la mina abandonada de Hilario



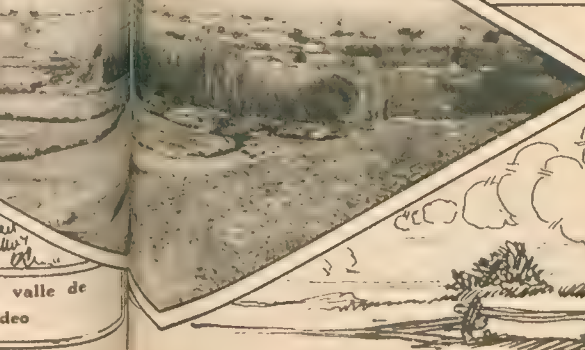
Vivienda humilde en el Campo de Pacheco



Los baños de Pismenta



La calle principal de Rodeo, en una mañana de sol



Perspectiva del valle de Colola y Rodeo



Río Los Patos y campos de cultivo de Calingasta



Una vista interesante del río seco del Tambolar

NOTAS GRAFICAS DE LA CAPITAL Y DE LOMAS DE ZAMORA



CAPITAL. — Alumnos de la escuela Nº 9, Consejo Escolar 16, durante la inauguración de "la copa de leche", que ha sido costeada por los vecinos del barrio de Villa Urquiza



La directora y demás personal docente de la escuela, a quienes se debe la plausible iniciativa de "la copa de leche"



En los salones de la Sociedad Progenie d'Italia.—Concurrentes al te danzante organizado para festejar "il Natale di Roma"



LOMAS DE ZAMORA. — Boda Pincelli - Luque: Los novios, al ser bendecido el enlace



LOMAS DE ZAMORA.—Enlace Núñez-Carvi: Los desposados, momentos después de realizada la ceremonia nupcial

CINE: OBRAS E INTERPRETES



Una de las bonitas y más animadas escenas de la película dramática de Charles Chaplín titulada "La mujer de París"



Kenneth Harlan, el notable actor cinematográfico que realiza una de sus mejores creaciones en la interpretación de "El ala rota"



La bella y aplaudida estrella Leatrice Joy, protagonista del interesante "film" "Fraude matrimonial"

EL CONCURSO DE DOMA REALIZADO EN LA RURAL



Los jinetes norteamericapos luciendo el atavío de "cowboys", salen a la pista



Los domadores criollos, de bota y chiripá, que realizaron proezas durante el desarrollo del torneo



En orden de batalla: los criollos de pura cepa, desfilando ante el público y miembros del jurado



Algunos de nuestros domadores, alistando un potro, para florearse con él uno de los más "mentados"



La actriz cinematográfica Luisa Lorraine, que participó del festival y fué muy festejada

FOTOS LOUZÁN

Compañía Swift de La Plata
Sociedad A...

PETROLEO · SUS PRODUCTOS

Industria Metalurgica Nacional

COMPAÑIA NACIONAL DE PETRO...

MARTONA

CHILE EXPLORATION COMPANY
...ATA, CHILE

SINGER SEWING MACHINE COMPANY
OFICINA CENTRAL
AV. DE MAYO 1398 (3er PISO) CASILLA DE CORREO 493
BUENOS AIRES

West India Oil Company
PASEO COLON 185

Compañía Westinghouse Electric Internacional S.
NUEVA YORK W BUENOS AIRES

Maquinas de Contabilidad, Sumar y Calcular
Burroughs
H. E. WATKINS & CO. LTD.
IMPORTADORES
Dirección Telegráfica HEWATCO

COMPAÑIA LUZ Y FUERZA DE PARANÁ
SOCIEDAD ANÓNIMA
USINAS. CORD...

SOCIEDAD ANÓNIMA
FUNDICION Y TALLERES
"LA UNIÓN"
CORRIENTES 4056-82

Patrocinan nuestros métodos y en distintas formas estimulan y benefician a los alumnos de estas ESCUELAS, entre muchas otras Empresas, las siguientes:

Cía. de Tranvías Anglo Argentina.
Piccardo y Cía. Lda.
Cía. Swift de La Plata.
Ferrocarril Central de Córdoba.
West India Oil Co.
Cía. Tramways Lacroze, de Buenos Aires Limitada.
S. A. Fundición y Talleres "La Unión".
"La Martona".
Asociación Ferroviaria "La Fraternidad".
Cía. Gral. de Tranvías Eléctricos de Rosario.
Sociedad de Electricidad de Rosario.
Sres. Angel Muzzio e Hijos Lda., Rosario.
Sres. J. W. Topping & Cía., Rosario.
Talleres Berri, Godoy Cruz, Mendoza.
Sres. Cottonaro y Mangioni, Paraná.
Sres. Conde, Diez y Cía., Bahía Blanca.
Empresa de Luz y Fuerza Motriz, San Cristóbal.
Fábrica de Papel "La Argentina", Zárate.
Talleres Desiderio Mopty, Tucumán.
S. A. Bodegas y Viñedos Domingo Tomba, Buenos Aires-Mendoza.
Sres. Rogelio Fernández y Cía., San Juan.
Fábrica de Manteca "La Scandia", Bahía Blanca.
Talleres Metalúrgicos Primo Marchesi Hermanos, Bahía Blanca.
Cía. de Tranvías Luz y Fuerza, de Paraná.
Cía. de Luz y Fuerza Motriz, de Córdoba.
Cía. Argentina de Tranvías y Fuerza Lda., Santa Fe.
Ferrocarriles del Estado, Santiago (Chile).
Sociedad "Santiago Watt", Valparaíso (Chile).
Sociedad Nacional de Buques y Maderas, Santiago (Chile).
Oficina Técnica de la Fábrica y Maestranza del Ejército, Santiago (Chile).
Ferrocarril de Arica a La Paz, Arica (Chile).
Compañía General Electric, Montevideo (Uruguay).
Cía. "La Camona", Montevideo (Uruguay).

Si Ud. quiere destacarse

Si aspira Vd. a ser más y a ser mejor dentro de sus actuales actividades, estudie con los métodos de las

ESCUELAS INTERNACIONALES

Sin restar tiempo a sus habituales tareas, **muchos miles de jóvenes han perfeccionado su instrucción técnica** en estas **ESCUELAS** y con su ayuda han conquistado altos puestos de responsabilidad y de confianza.

Más de 100 Empresas de primer orden, industriales y comerciales, en la Argentina y repúblicas limítrofes, y no menos de 2.000 en todo el mundo, acuerdan franquicias y premian el esfuerzo de los alumnos que obtienen certificados de idoneidad en las ESCUELAS INTERNACIONALES.

Téngalo Vd. presente. Visítenos en cualquier momento y se formará así una idea de la importancia de nuestra organización y sistemas de enseñanza.

Conserve el siguiente detalle de algunos de los cursos que abarcan nuestros métodos y entre los cuales estará sin duda el que a Vd. le conviene:

COMERCIO Y PROPAGANDA: Director-Gerente Comercial, Secretario Comercial, Perito en Publicidad, Jefe de Oficina, Jefe de Correspondencia, Corresponsal Comercial, Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Auxiliar de Contabilidad, Mecano-Taquígrafo, Mecanografía, Taquígrafo, Viajante de Comercio, Agente Corredor de Publicidad, Agente Corredor de Seguros.

VAPOR Y ELECTRICIDAD: Director de Centrales Eléctricas, Maquinista de Instalaciones de Vapor, Maquinista Ferroviario, Perito Electricista, Perito en Alumbrado y Tracción Eléctricas, Instalador Electricista.

MATEMÁTICAS Y DIBUJO: Matemáticas, Matemáticas y Dibujo Lineal, Matemáticas y Dibujo Mecanico, Dibujo Mecánico, Delineante de Taller Mecánico, Construcción y Dibujo de Máquinas.

INGENIERÍA CIVIL: Ingeniero de Ferrocarriles y Carreteras, Perito Constructor de Ferrocarriles y Carreteras, Topógrafo.

MECÁNICA: Ingeniero Mecánico, Ayudante de Ingeniero Mecánico, Perito Mecanico Electricista, Perito Mecánico, Maquinista Montador, Proyectista Constructor de Máquinas, Contramaestre de Talleres Mecánicos, Conductor de Automóviles, Jefe de Taller de Automóviles, Mecánico Automovilista.

ENVÍENOS el presente cupón y le mandaremos amplios informes, sin ningún compromiso de su parte.

ESCUELAS INTERNACIONALES
AVENIDA DE MAYO 1396

ESCUELAS INTERNACIONALES
(International Correspondence Schools)
AVENIDA DE MAYO, 1396 BUENOS AIRES
Scranton - Nueva York - París - Londres - Madrid - Habana
Nombre..........
Dirección..........
Localidad y F. C..........
Interesado por el curso..........
M. A. 4273

PAGAR DERECHOS POR INFUNDIR LA CULTURA

MÁS del 30 por ciento de analfabetos, y el papel para libros de texto, pagando fuertes derechos de aduana. Ni aun aceptando el proteccionismo se puede concebir esta incongruencia. El más obcecado de los proteccionistas sabe de sobra que no se puede proteger simultáneamente todas las industrias. Comprende, pues, que la protección debe subordinarse a razones de interés nacional. Y si la discusión de la instrucción pública es un interés nacional tan considerable, que la Constitución no garantiza a las provincias el goce y ejercicio de sus instituciones sino a condición de que ellas sostengan la educación primaria; si tan alta es la jerarquía de la instrucción pública entre los intereses generales, ¿cómo se concibe que el estado proteja en perjuicio de ella, no ya el interés particular de una industria, sino, simplemente, el de unos pocos capitales industriales? Porque también esto hay que tener presente: el hábito no hace al monje; en la República Argentina hay fábricas de papel, pero no hay la industria del papel. Una industria, para usufructuar a justo título este nombre, necesita contar algo en la economía nacional.

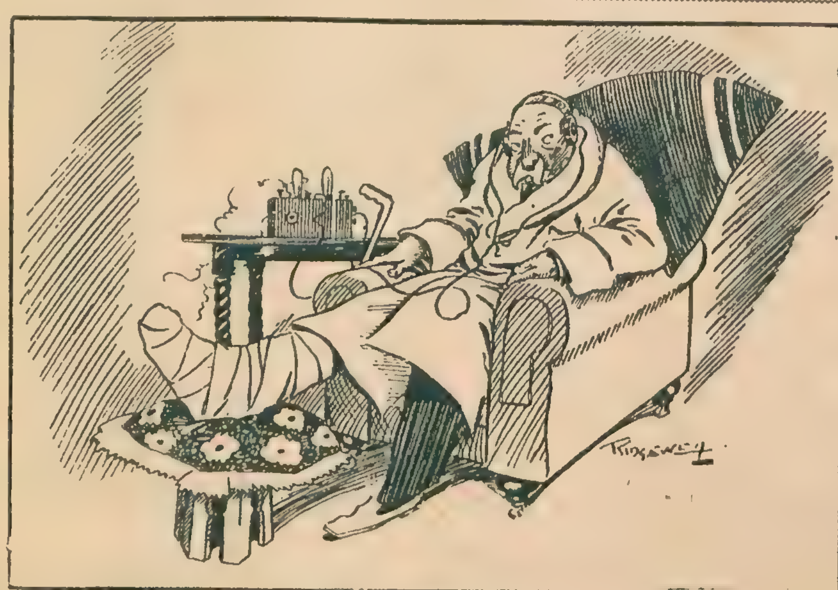
Las leyes de impuestos reconocen implícitamente que los derechos al papel afectan los intereses de la cultura. Por eso eximen de derechos al papel "para" diarios. Limitan a esto la excepción, pero es suficiente para demostrar que al legislador no ha podido ocultársele el divorcio que existe entre la protección al papel y los intereses de la cultura.

En caso de aceptarse los derechos al papel, sólo cabría admitirlos con limitación al artículo destinado a fines comerciales e industriales o de lujo. El papel para envolver, el papel para libros comerciales, las serpentinas, etc., es una cosa, y el papel para diarios, para revistas, para libros de texto, para obras literarias y científicas, es otra muy distinta. Pero el legislador ha gravado tanto el papel para embalar mercaderías como el papel para los libros en que nuestros niños aprenden a leer.

Esta falta de criterio se ha puesto también de manifiesto en la misma excepción hecha por el legislador. Papel "para" diarios, dice, pero no para revistas. Sin embargo, y sin que esta observación se proponga desconocer ninguno de los méritos de nuestros grandes diarios, ¿acaso las revistas no son más especiales órganos de cultura que los diarios? Comparemos, si no, una edición ordinaria de un diario con una edición dominical. Es en esta última, análoga a una revista, en que el diario se presenta más definidamente como órgano de cultura.

El diario es, ante todo, órgano informativo. Cualquier otro valor palidece al lado de éste. Y hay que reconocer que nuestros diarios, al menos los grandes, son admirables como órganos informativos. En cambio, lo que caracteriza a las revistas es el ser órgano de cultura; y por cierto que nadie niega cuánto les debe la cultura literaria y artística del país, la vulgarización científica e industrial, y la difusión de conocimientos útiles para la vida práctica. Las revistas han sido y son el hogar de los escritores, de los artistas y de los vulgarizadores de la cultura. Pero parece que el legislador no ha sido capaz de distinguirlo. No lo ha visto ni siquiera en los casos en que una revista puede ser órgano especial de un ramo de cultura: una revista de arte, una revista de letras, una revista médica, una revista de Derecho, una revista técnica. Resultado, que esas revistas arrastran aquí una existencia penosísima, y que nunca, ni aun después de muchos años de existencia, consiguen pasar de unos pocos cientos de ejemplares. Y las cosas llegan a este extremo: si saliese una revista exclusivamente afectada a la vulgarización científica, el papel en que se imprimiese habría de pagar derechos.

Si el legislador hubiera sido algo más prudente, hubiese hecho al menos una cosa. Puesto que las revistas emplean mucho el papel de diario — y hay revistas mensuales de letras que lo emplean exclusivamente, — en lugar de limitar la excepción al papel "para" diarios, la hubiera extendido a todo el papel de diario. Hubiese sido bien natural, y la cultura del país no hubiera tenido poco que agradecerle. No hay la menor injusticia de que el papel en que los diarios se imprimen no pague derechos. La injusticia está en que el de las revistas haya de pagarlos, aunque éste sea papel de diario. Si lo que el legislador se proponía era una pequeña concesión a los intereses de la cultura, se le ha quedado precisamente lo más importante en el tintero. Y para poder apreciar lo garrafal de la equivocación que se ha cometido, no hay más que dar una ojeada a las tarifas aduaneras de los países vecinos, tales como Chile, sin ir más lejos, donde sus legisladores, más previsores y más compenetrados de la importancia que la educación tiene en el desarrollo del país, han hecho leyes que permiten la introducción libre de derechos, para todo papel destinado a la imprenta, y dan múltiples facilidades, de todo género, para que el papel impreso adquiera la mayor difusión posible.



LECCIÓN POR RADIOTELEFONÍA

Primero, inicie el paso con el pie izquierdo, avance diagonalmente hacia la derecha con el otro pie, cargando sobre él todo el peso del cuerpo; luego, junte los tacos de ambos pies y repítase la operación.

VAMOS A VER...

PARECIDO

—¿En qué se parece el 58 a un niño que, cuando le preguntan algo, dice la verdad?
—En que es *sin...cero.*



ENTRE SABIOS

—Entonces, según usted, la luna sería un pedazo escapado de la tierra, dejando un gran agujero, que sería el Océano Pacífico... ¿Y usted cree eso?
—Pruebe usted a demostrarme lo contrario.

DUREZA DE CARA

Un joven desea entablar conversación con una joven que está asomada a un balcón, para lo cual deja caer cinco pesos en la vereda.
—Señorita: ¿es de usted este billete que acaba de caer?
ELLA. — (Con cara muy dura.) Sí, señor.
EL. — (Más caradura ante el cinismo de ella.) Pues será otro; no le quepa a usted la menor duda; porque, lo que es éste, es mío.



COSAS DE CHICOS

—Papá, el día en que todos los telégrafos sean sin hilos, ¿dónde irán a posarse las golondrinas?

ENFERMO ILUSTRE

Se encuentra en cama el conocido senador don Cándido Mediopibe, con un ataque de gota.
La enfermedad sobrevino el día del cumpleaños de su idolatrada esposa, que se bebió él solito una botella y media de coñac.
No se trata, pues, a nuestro entender, de un ataque de gota, sino de un ataque de una barbaridad de gotas.



SOMBRERO IDEAL

—¿Qué te parece mi sombrero nuevo?
—¡Delicioso! ¡Verdaderamente ideal! ¡Como que no se te ve la cara con él!...

FAMILIAR Y AMENO

—¿Quién os ha dado esa estampa tan inmoral, chicos?
—El hijo de la señora Celeste.
—Pues, ¡maldita sea su estampa!

COSAS DEL AMOR

—¿Sabes que Carlos se me declaró anoche, cenando?... ¡Resultó, aquello, fantástico!... ¡Entre plato y plato!...
—¡Ah!... Entonces no dudes: su cariño será *platónico.*

BUEN MÉTODO

—¡Hombre! ¡Qué grueso está usted! ¿Cómo se ha puesto así?
—¿Quiere usted saberlo? Pues con no discutir con nadie.
—Hombre, no será eso.
—Como usted desee.

EL PODER DEL MARIDO

—Creo recordar que dijo usted que su mujer no volvería a fumar, y la veo fumando.
—Eso dije; pero alguien le ha debido decir que yo lo he dicho...



CONSEJO ACERTADO

—Señor, creo que haría usted bien en tomar cinco o seis purgas seguidas... Se dice que va a aumentar el precio de los medicamentos.

EN LA CASA MORTUORIA

—Doctor—dice la mujer, desconsolada;—¡usted que me prometió curarle!...
—Señora, lo que aseguré es que con mi tratamiento entraría su cuerpo en caja.

A LA ÚLTIMA MODA

—¡Qué bonito traje, chica! ¿Lo has encargado a Viena?
—¡No, hija, no! A Viena encargo el pan.



CONSEJO MATERNAL

—Mira, niño, no debes comerte las uñas; porque eso encierra graves peligros: se empieza por las uñas, se sigue por los dedos, después por los brazos y, cuando se acuerda uno, se encuentra convertido en antropófago.

CRIMINALIDAD

—¿Cuál es el hombre más criminal del mundo?
—El acomodador de teatros, que llega usted, le enseña su localidad y lo deja en el sitio.

EN CASA DEL PINTOR

—Soy el recomendado de Gutiérrez, señor artista.
—Muy bien. Usted dirá.
—Quisiera que me pintara usted un autorretrato.



AMOR CONYUGAL

—Es muy original tu marido. Inventa cuentos maravillosos.

—No lo crea usted tío; los saca de periódicos antiguos.

EN EL SALÓN

ÉL. — Señorita: ¿quiere usted ser mi...

ELLA. — ¡Oh, Jorge! Es tan pronto, que necesitaría algún tiempo para...

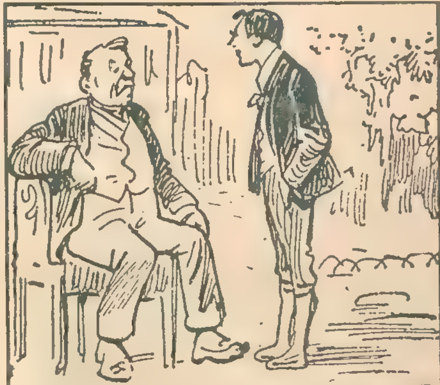
ÉL.—...mi compañera de baile en la próxima pieza?

ELLA. — Ya le digo que necesitaría algún tiempo para descansar del último fox trot.

SECCIÓN INFORMATIVA

"Una tormenta causó ayer perjuicios en las líneas telefónicas; que obligaron a suspender los servicios durante seis horas.

"Afortunadamente, los abonados no se dieron cuenta de la anomalía."



CONVICENTE

—¿Que para qué sirve el latín? Pues para todo, hijo mío.

—¿Lo aprendiste tú, papá?

—Ciertamente... Pero... lo he olvidado.

—Entonces... Más te valiera haber aprendido a jugar a la pelota.

PREPARÁNDOSE

Hay hombres valerosos y tranquilos capaces de causar asombro a los más indiferentes. Dígalo, si no, el tipo del cuentecillo de hoy.

Estaba un buque a punto de naufragar. Todos los pasajeros, horrorizados, se encomendaban a Dios, temblando como condenados ante la horrible catástrofe que se avecinaba.

A pesar de lo inminente del peligro, uno de los pasajeros, se puso a comer bacalao crudo con la mayor tranquilidad.

—Pero, ¿cómo es posible — le dijo el capitán — que tenga usted ganas de comer, viendo que estamos a punto de irnos a pique?

—Es que como hemos de tragar mucha agua, quiero tener bastante sed.

COSAS DE CHICOS

EL MAESTRO. — (Gritando y enarbolando el puntero.) Y ahora, gaznápiro: dime dónde está el Báltico. ¿Dónde está el Báltico?

—Le juro que yo no lo sé (llorando a gritos); pero Juanito acaba de meter algo en la gorra.



CUANDO VOTEN LAS MUJERES

—¡Miserable! ¿Qué hace arrodillado ante mi mujer?

—Permita usted, ciudadano: yo no he venido a pedirle el corazón; soy candidato y venía a solicitar su voto.



BUENA RECOMENDACIÓN

—El señor hará bien en tomar cuatro o cinco purgas hoy: el farmacéutico me ha dicho que de aquí a pocos días el precio de los medicamentos va a subir.

EN LA OFICINA

—¿Cuál es su disculpa por haber llegado tan tarde a la oficina?—pregunta el jefe, enfadado.

—Tenía una disculpa excelente; pero se me ha olvidado.

EL PROBLEMA DEL AGUA LLEGA A LAS COLUMNAS DE LOS GRANDES DIARIOS

LA PRENSA acaba de ocuparse extensamente acerca del problema del agua, que tan especial atención mereció siempre de parte de MUNDO ARGENTINO, y que precisamente hace poco motivó uno de nuestros artículos. Dice "La Prensa":

"Las condiciones sanitarias de la provincia de Buenos Aires son, ningún médico lo ignora, deficientes. La población ha crecido y las ciudades se han multiplicado, pero el servicio de aguas es el primitivo de la aldea."

Esto constituye también un peligro para el excursionista porteño que sale a los alrededores de la ciudad:

"Lo que ha ocurrido en Quilmes, durante los meses de enero y febrero, es extraordinario. La zona del balneario ha suministrado hasta treinta tíficos diarios, diseminándolos por Buenos Aires, La Plata y Bernal. Hay familias atacadas con siete casos; colegios con treinta."

Van a buscar la salud, y vuelven atacados de tifus.

Celebramos que un órgano como "La Prensa" agite en sus columnas el problema del agua, denunciando toda su gravedad. No sólo las autoridades: ni los mismos vecindarios parecen darse cuenta de toda su importancia. De otro modo el problema del agua sería considerado de no menor urgencia que lo fué el de los alquileres cuando se discutía la ley que actualmente los reglamenta.

Leemos las estadísticas, y resulta que estamos bastante bien de natalidad y de mortalidad. Y como los argentinos tenemos la costumbre de comentar las estadísticas con el mayor optimismo, creemos que ya no hay nada que hacer. Puesto que la estadística de la mortalidad no es alarmante, tampoco pueden alarmarnos los problemas sanitarios. ¡Vamos bien, no hay que apurarse!

Pero las conclusiones de la estadística comparada pueden ser falaces. Comparemos la natalidad y la mortalidad argentinas con las de la Alemania de anteguerra. No podemos quejarnos mucho. ¡Alemania, un país tan adelantado! No contamos que Alemania no tiene, como otros, la ventaja del clima. Lo primero que debería ocurrírsenos, al ver que nosotros no estamos mucho mejor que la Alemania de anteguerra en materia de mortalidad, es que desperdiciamos esa ventaja llovida del cielo.

Quitadnos las enfermedades infecciosas. Con el clima que tenemos, muy poca falta nos haría la operación de Voronoff. Pero estamos plagados de enfermedades infecciosas. ¿Cómo es que existen, por ejemplo, tantos tuberculosos en la República Argentina? País de la carne, de la leche, del trigo, país de clima benigno, y tenemos tantos tuberculosos o más que los países de ambiente caliginoso.

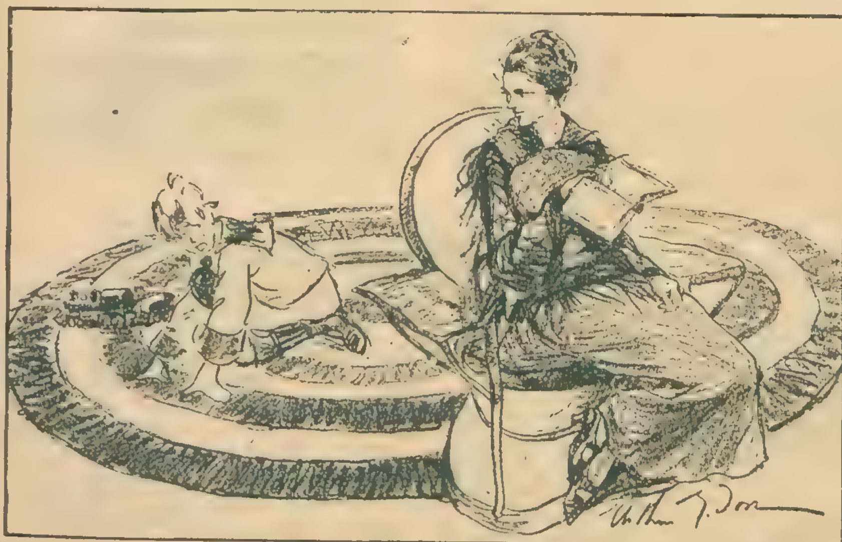
Queremos inmigración porque nos conviene, y la tememos porque si es muy numerosa puede disolvernos. Temores infundados, creemos nosotros, pero que existen, y que deben contarse como agente negativo del desenvolvimiento argentino. ¿Temeríamos la inmigración si la natalidad fuese mayor y la mortalidad infantil fuese menor? Entonces podríamos abrir sin reservas las puertas a la inmigración. Y por lo menos la mortalidad infantil puede reducirse con poco trabajo, y con gastos no tan grandes y que se deben contar como la más remunerativa aplicación de los dineros fiscales, puesto que redundarían hasta en beneficio del propio fisco.

Las estadísticas son muy hermosas, pero hay demasiados enfermos. Buenos Aires es una ciudad de médicos y de farmacias. Por todas partes farmacias, por todas partes chapas de médicos. Y no se dirá que estén de sobra. El más modesto médico argentino vive con presupuesto holgado, y mientras cuando era estudiante solía faltarle dinero para los derechos de examen, después de graduado no tarda en independizarse. Juzgad por esto de la morbilidad de las ciudades argentinas que no pueden jactarse de las obras de salubridad y aguas corrientes de Buenos Aires.

Hace pocos años supimos con asombro cuán peligroso era comer fiambres y masas de confitería. Mucho más peligroso es salir de Buenos Aires y beber un vaso de agua. Ya habéis oído lo que decía "La Prensa": "La zona del balneario de Quilmes ha suministrado hasta treinta tíficos diarios."

El problema del agua para el uso casero es en la República Argentina inmensamente más importante que el de la irrigación. Mientras éste no afecta sino a ciertas zonas, aquél afecta a casi toda la República. El país pierde tiempo, postergando su solución. Si nuestra morbilidad y nuestra mortalidad hubieran sido todo lo reducidas que deben ser en un país de clima tan benigno, hoy estaríamos mucho más adelantados que cuanto podemos imaginar. Tenemos la naturaleza de nuestro lado, y estamos desperdiciando su valiosa ayuda.

Mientras nosotros nos embobamos en la contemplación de bellas estadísticas, no reparamos en los beneficios de la naturaleza filtrándose por todas partes.



—¡Mamá: a ver si me haces el favor de salirte de las vías!

ANTUCO, DUEÑO Y SEÑOR QUE FRACASA

POR FÉLIX ESTEBAN CICHERO

(Continuación de la pág. 5)

había pensado en la oportunidad de conquistar al mancebo con un diploma de diputado.

El muchacho no aceptó, pero, en cambio, en una conferencia que tuvo con el gobernador, le prometió desarrollar una acción puramente local desde el gobierno de la Comuna. No aspiraba sino a servir los intereses de aquella población.

Mientras tanto, Antuco viajaba continuamente a Buenos Aires, con cien pretextos para satisfacer la inquieta curiosidad de sus padres. En su vida de estudiante había aprendido el camino del hipódromo, del club y del casino. Las emociones fuertes le sugestionaban, y por impresionismo era político... Sin la violencia de la inquietud, él no habría concebido la política. Era un juego de azar para él, y por eso la ejercía. Su estudio jurídico le proporcionaba grandes entradas de dinero; además, la confianza ilimitada de su convecinos le permitía realizar otros negocios productivos. A juicio de todo su pueblo, debía ser rico. Él, sin embargo, sabía los apuros financieros por que pasaba. El teatro lo atraía, no tanto por sus obras como por sus mujeres... La vida del club poseía un encanto especial, hallado en la pieza más apartada del edificio, donde una carpeta verde apaga el ruido de las fichas... Las reuniones hípicas, con aquel misterio de la taquilla, le llenaba de sobresaltos conquistadores. Su naturaleza, por otra parte, era propicia para las pasiones fuertes.

El derroche le arruinaba. Su tiempo, empleado de aquella manera, le faltaba para las preocupaciones del Municipio, y fué delegando tareas y facultades en su secretario y empleados que no tenían nada que cuidar y, en cambio, mucho que imitar... La seducción del ejemplo que daba Antuco no tardó en conquistar el espíritu de los empleados que, por rodearle, eran confidentes, depositarios de su honra y tranquilidad...

IV

LA vida licenciosa de Antuco pasó a exhibirse ante sus amigos políticos, que bien se figuraron el desastre que ahora pesaba sobre el pueblo. Antuco, el doctor mimado, el dueño del pueblo claudicante, acudió al gobierno central por el ofrecimiento que un día le hizo el gobernador, pero llegó tarde, cuando la banca había sido entregada a un joven aventurero que llevaba nuevas energías, nuevas fuerzas al pueblo de Antuco, precisamente para desalojar a éste del poder.

En manos ya de Aníbal Pereyra Irosta, el joven aventurero, los resortes del poder central con influencia en la localidad, empezó la lidia contra el intendente, que era Antuco, y sus pocos admiradores. Aquella noble colonia vasca — ahora tan matizada de elementos exóticos a su ambiente — que cifró sus mejores sueños de autonomías atingentes al gobierno de la localidad en la inspiración democrática y conocimientos políticos del hijo del compadre Joaquín, no quiso retomar la defensa de Antuco y le abandonó a su suerte y energía.

Todo el peso de la fuerza pública organizada meticulosamente por un gobierno inescrupuloso cayó sobre el joven abogado Antonio Etcheverrigaray, y en la primer elección el gobierno sacó triunfante a su favorito.

Antuco se alejó de aquel rincón de la provincia, con cuya tranquilidad había malogrado un ensueño de irrisorio bienestar común y público desde que los destinos de la colectividad fueron puestos en manos de una autoridad edilicia. Del balance sacaban ahora los buenos vascos de la colonia una conclusión bien penosa: menos vacas, más "compromisos sociales", menos sosiego, más impuestos, menos beneficios generales, más trastornos... Aquel mismo balance, llevado a los extremos, daba considerables pérdidas de ilusiones: las muchachas casaderas habían envejecido sobre los bastidores y las blancas labores que aprendían presurosas y alegres, llenas de esperanzas, en una disputa original, a ver cuál de ellas hacía el ajuar de sus bodas con Antuco...

V

NO quiso Antuco ser quien entregase el gobierno conquistado por Aníbal Pereyra Irosta, y delegó el mando en su secretario para que llenase esa última legalidad de su intervención pública.

Se había alejado del pueblo, llevándose los restos de la renta hallados a mano, con lo que podría comprar una pistola y un pasaje para Montevideo. Desde el barco se despidió del pueblo con una carta fría, en la que manifestaba con un rasgo de cinismo admirable como contraste de su raza, que se iba, pero no derrotado como podía pensarse; que se alejaba ratificando el concepto filosófico que de la política tuvo siempre. Había llegado al final obligado, y pedir otra cosa de los políticos significaba desconocer la razón del caudillismo electoral de provincia. En la vida, agregaba, se fracasa de muchas maneras, y esa era una de ellas. Un juego vulgar en que el pueblo pierde siempre y el banquero vive arruinado... No pedía disculpas; para no pedirlas es que llevaba una pistola...

LOS FERROCARRILES MÁS ALTOS DEL MUNDO

El Perú posee los dos ferrocarriles más altos del mundo. El primero arranca del puerto de Mollendo, atraviesa la cordillera, pasa por Arequipa, situada a 2.300 metros de altitud y llega hasta el Puno, a 3.820 metros a orillas del lago Titicaca. El segundo empieza en el Callao, costea el río Rimac, que atraviesa unas diez veces, siempre encajonado entre abruptas barrancas, franquea la cumbre, a 4.780 metros (casi la altura del monte Blanco) por un túnel de 1 kilómetro, baja la vertiente oriental y llega hoy a Pasco, el centro minero de la República; en su trayecto tiene 78 túneles y 80 puentes que parecen desafíos a la naturaleza. Fué tan dificultoso el trazado de esa atrevida obra maestra de ingeniería que, para ejecutar la triangulación, tuvieron los ingenieros que descolgarse a menudo por los precipicios, sostenidos por cuerdas.

EL ORGULLO DEL PUEBLO

POR

WASHINGTON IRVING

DIBUJO DE MONTERO LACASA

EN el transcurso de una excursión por uno de los remotos condados de Inglaterra, penetré en una de esas sendas que conducen a los lugares más retirados del país, y me detuve una tarde en un pueblo pintoresco y solitario. Sus habitantes tenían un aire de sencillez primitiva como no se encuentra en los de los pueblos situados junto a las grandes carreteras. Decidí pasar allí la noche, y después de tomar una comida temprana, salí a gozar del paisaje vecino.

Mi paseo me condujo, como sucede casi siempre a todo viajero, a la iglesia, que se hallaba a corta distancia del pueblo, y junto a la cual se levantaba el cementerio. A decir verdad, era un objeto de cierta curiosidad, con su torre totalmente cubierta de hiedra, por entre la cual aparecía de vez en cuando una esquina de pared gris o un adorno fantásticamente esculpido. Era una tarde deliciosa. La mañana había sido lluviosa y obscura, pero al mediodía aclaró, y aunque negras nubes poblaban aún el cielo había en el Oeste una ancha faja por donde asomaba el sol, iluminando las mojadas hojas y toda la naturaleza.

Me había sentado en una piedra medio hundida, y estaba pensando en escenas pasadas, y amigos antiguos, en aquellos que se hallaban lejos y en los que habían muerto, entregado a esa especie de fantástica melancolía que encierra algo más dulce que el placer. De cuando en cuando una triste campanada de la iglesia cercana llegaba a mis oídos; su tono era adecuado para la escena, y en vez de serme desagradable, armonizaba con mis sentimientos. Después de largo rato recordé que la campana debía estar tañendo por la llegada de algún muerto.

A poco vi venir por un verde campo un cortejo fúnebre; el séquito torció lentamente por un sendero, se perdió de vista, y volvió a aparecer por las aberturas de los setos hasta pasar por el sitio donde yo estaba sentado. Unas jóvenes vestidas de blanco llevaban los cordones del paño mortuorio, y otra, como de diez y siete años, marchaba adelante con una corona de flores blancas; una señal de que la persona muerta era una joven soltera. El ataúd era seguido por los padres, dos venerables campesinos. El padre parecía contener su aflicción, pero sus ojos fijos, sus cejas contraídas y el rostro arrugado, demostraban la lucha que estaba sosteniendo. Su esposa se agarraba a uno de sus brazos y lloraba amargamente, como llora una madre afligida.

Seguí el cortejo, que entró en la iglesia. El ataúd fué colocado en la nave del centro, y la corona de flores blancas, junto con un par de guantes, blancos también, se colgaron en el asiento que la extinta había ocupado.

Todos conocen la compasión que inspira una ceremonia fúnebre; pues ¿quién ha tenido la dicha de no haber acompañado a la tumba a un ser querido? Ante la sencilla pero solemne partida del cadáver para la tumba, las jóvenes compañeras de la muerta derramaron copiosas lágrimas. El padre parecía seguir luchando con sus sentimientos y conformarse con la idea de que el que muere en el Señor es bendecido; pero la madre pensaba sólo en su hija, como en una flor del campo, cortada y marchitada en lo mejor de su existencia; era como Raquel, que lloraba por sus hijos, negándose a que la consolaran.

Al volver a la posada, supe toda la historia de la fallecida. Era una historia sencilla y vulgar. La joven había sido la belleza y el orgullo del pueblo. Su padre, en un tiempo un rico agricultor, se hallaba empobrecido entonces. Hija única, la muerta fué educada en la casa, en la sencillez de la vida rural. Había sido discípula del pastor del pueblo, el cordero favorito de su rebaño. El buen hombre velaba por su educación con cuidado paternal, y esa educación era limitada y propia para la esfera en que iba a actuar, pues él sólo trataba de hacer de ella un adorno y no de elevarla por encima de su posición social. El cariño y la indulgencia de sus padres y la exención de toda ocupación ordinaria le habían dado una gracia natural y un carácter delicado que concordaba con la frágil belleza de su forma. Parecía una planta tierna de jardín que florecía accidentalmente entre las plantas silvestres.

La superioridad de sus encantos era reconocida por sus compañeras, pero sin envidia, pues ésta era superada por la dulzura y la bondad de su conducta.



EL PADRE PARECÍA CONTENER SU AFLICCIÓN, PERO SUS OJOS FIJOS, SUS CEJAS CONTRAÍDAS Y EL ROSTRO ARRUGADO...

El pueblo, uno de esos lugares apartados, que conservan aún algunos vestigios de las antiguas costumbres inglesas, tenía sus fiestas campestres, y los pasatiempos de los días festivos, y sus habitantes seguían observando los ritos de mayo, tan populares en un tiempo. Éstos habían sido fomentados por su actual pastor, un entusiasta de las viejas costumbres y uno de esos sencillos cristianos que creen cumplir con su misión al provocar la alegría en la tierra y la benevolencia entre la humanidad. Bajo sus auspicios, el árbol de mayo se elevaba lozano en el centro de la plaza del pueblo; el primer día de mayo era adornado con guirnaldas y gallardetes, y se elegía una reina para que presidiera los juegos y distribuyese los premios y recompensas. La pintoresca ubicación del pueblo y la fantasía de sus rústicas fiestas, atraían a menudo a los visitantes casuales. Entre éstos se encontraba cierta vez un joven oficial, cuyo regimiento había acampado en las cercanías. El militar se quedó encantado del gusto natural de aquel espectáculo, pero más encantado aún con la belleza de la reina de la fiesta; era ésta la favorita del pueblo, coronada de flores, que, ruborizada, sonreía con esa bella confusión de timidez y deleite. La sencillez de las costumbres rurales le permitió trabar pronto amistad con ella; poco a poco fué teniendo confianza, y la cortejó, con esa indiscreción con que los jóvenes oficiales juegan con las cándidas campesinas. En su requerimiento de amores no había nada que diera motivo a alarma. Jamás le hablaba de amor; pero hay formas de manifestar esa pasión más elocuente y que la transmiten al corazón de una manera irresistible. La expresión de los ojos, el tono de la voz, las mil ternuras que emanan de cada palabra, de cada mirada y ademán, todo eso constituye la verdadera elocuencia del amor: una elocuencia que puede sentirse y comprenderse siempre, pero nunca describirse. En cuanto a ella, amaba casi inconscientemente; no pensaba qué era la pasión naciente que ocupaba sus pensamientos y sentimientos ni cuáles serían sus consecuencias. En realidad, no reflexionaba sobre el porvenir. Cuando se hallaba en presencia del galán, las miradas y palabras de éste ocupaban toda su atención; cuando no estaba con él, pensaba en lo que había pasado en su última entrevista. En compañía del oficial, se paseaba por las empolvadas callejuelas y los verdes campos de la vecindad. Él le enseñaba a ver nuevas bellezas naturales; le hablaba en el lenguaje de la vida cortés y cultivada y le comunicaba los encantos de la poesía.

Difícilmente podía haberse hallado una pasión más pura que la de aquella muchacha inocente. La arrogante figura de su joven admirador y el esplendor de su uniforme militar, encantaron al principio su mirada, pero no fué eso lo que cautivó su corazón. Su afecto tenía en sí algo de idolatría. Consideraba al joven oficial un ser de clase superior. En su compañía, sentía el entusiasmo de una mente delicada y poética por naturaleza que despierta por vez primera a lo bello y lo grande. No pensaba en las sórdidas distinciones del rango y la fortuna; la inteligencia, la conducta y los modales distintos a los de la sociedad a la que la habían acostumbrado, era lo que lo elevaba en su opinión. Lo escuchaba encantada y con la mirada baja; y si alguna vez se atrevía a mirarlo tímidamente y con expresión de admiración, bajaba en seguida la vista y suspiraba, avergonzada, ante la idea de su poco valor.

El joven se sentía igualmente enamorado, pero su pasión estaba mezclada con sentimientos de naturaleza más baja. Había trabado conocimiento con la muchacha en una forma ligera, pues a menudo había oído a sus camaradas jactarse de sus conquistas de pueblo, y creyó que un triunfo de esa especie era necesario para su reputación de hombre emprendedor. Sin embargo, como su corazón no se había endurecido lo bastante por una vida errante y disipada, se encendió en la misma llama que trató de inflamar; y antes de que se diera cuenta de su situación, se enamoró de veras.

¿Qué iba a hacer? Su posición social, los prejuicios de los parientes, su dependencia de un padre orgulloso e inflexible, todo eso le impedían pensar en el matrimonio. Pero cuando miraba a aquella inocente criatura, tan tierna y confiada, de modales puros y modesto mirar, desechaba toda baja idea. En vano trató de hacerse fuerte acordándose de crueles ejemplos de hombres de mundo, y de enfriar el calor del sentimiento generoso con esa fría y burlona levedad con que los había oído hablar de la virtud femenina; mas siempre que se acercaba a ella, la veía rodeada de ese misterioso e impasible encanto de pureza virginal en cuya sagrada esfera no puede vivir un pensamiento malo.

La orden repentina de partir para el continente completó su confusión. Quedóse en un estado de irresolución dolorosa, y no se atrevió a comunicar a la joven la noticia hasta el día antes de la partida.

La idea de separarse no se le había ocurrido nunca a la muchacha; de modo que la fatal nueva interrumpió bruscamente su sueño de felicidad; la consideró un mal repentino e insuperable, y se echó a llorar con la candidez de un niño. Él la atrajo hacia su pecho y le besó las mejillas bañadas en lágrimas. La joven no se resistió, pues hay momentos de pesar y ternura que santifican las caricias del afecto. Él se mostró impetuoso, naturalmente, y ante la vista de la belleza que se entregaba, al parecer, en sus brazos, la confianza de su poder sobre ella y el temor de perderla para siempre, contribuyeron a destruir sus buenos sentimientos: se aventuró a proponerle que dejara su hogar y se marchase con él.

El oficial, que era un galanteador novicio, se avergonzó de su propia bajeza. Pero tan inocente era su futura víctima, que ésta no comprendió al principio las intenciones del joven, ni por qué debía abandonar su pueblo nativo y el humilde techo de sus progenitores. Cuando al fin se dió cuenta de la naturaleza de la proposición del seductor, se operó en ella un cambio notable. No lloró, no prorrumpió en reproches, no dijo una palabra, pero retrocedió espantada, echó al hombre una mirada de dolor, y, apretando las manos de desesperación, huyó, como buscando refugio, a casa de su padre.

El oficial se retiró, confundido, humillado y contrito. No se sabe cuál habría sido el resultado del conflicto de sus sentimientos, si sus pensamientos no se hubieran distraído con el alboroto de la partida del regimiento. Nuevas escenas, nuevos placeres, nuevos compañeros acabaron pronto con su remordimiento y apagaron su cariño; sin embargo, a veces, en medio del alboroto del campamento, la jarana de las guarniciones y hasta en el estrépito de los combates, sus pensamientos volaban a las escenas del tranquilo y sencillo pueblecillo, a la casita blanca y al sendero junto al cual corría el plateado arroyuelo y por donde la cándida campesina se había paseado, apoyada en su brazo y escuchándolo con ojos llenos de ternura.

El golpe que la pobre campesina recibió fué muy cruel. Desmayos y ataques de histerismo sacudieron al principio su delicada constitución; luego una melancolía profunda se apoderó de ella. Desde su ventana había presenciado la partida de las tropas. Había visto

PARA ADQUIRIR CARNES Y AUMENTAR EN PESO

El Consejo de un Médico

La mayoría de las personas delgadas comen de cuatro a seis libras de alimentos nutritivos todos los días y, a pesar de esto, no aumentan ni una sola onza de carnes, mientras que, por el contrario, muchas de las gentes gruesas y robustas comen muy poca cosa y siguen engrosando continuamente. Es simplemente ridículo alegar que esto se debe a la naturaleza de cada persona. Las personas delgadas continúan siendo delgadas porque carecen de la facultad de asimilar debidamente sus comidas. De ellas extraen y absorben lo bastante para mantenerse con vida y al parecer saludables, pero nada más, y lo peor del caso es que nada ganarán con comer en demasía, puesto que ni una docena de comidas al día les ayudará a ganar una libra de carnes. Todos los elementos que para producir carnes y grasas contienen estas comidas, permanecen indebidamente en los intestinos hasta que son arrojados del cuerpo en forma de desperdicios. Lo que dichas personas necesitan es algo que prepare y ponga en condición de ser absorbidas por la sangre, asimiladas por el organismo y llevadas a todo el cuerpo estas substancias que producen carnes y grasa y que en actualidad no dejan beneficio alguno. Para tal estado de cosas yo siempre recomiendo que se tome una pastilla Sargol con cada comida. Sargol no es, como muchos creen, una droga patentada, sino una combinación científica de seis de los más poderosos y eficaces ingredientes para producir carnes de que dispone la química moderna. Es absolutamente inofensivo a la vez que altamente eficaz, y una sola tableta, en cada comida, a menudo aumenta el peso de un hombre o mujer delgada en proporción de tres a cinco libras por semana. De venta en las farmacias y droguerías.

a su infiel galanteador alejarse como triunfante, en medio del redoble de los tambores, el toque de las cornetas y la pompa de las armas. Le echó una última y dolorosa mirada, cuando el sol de la mañana iluminó su figura y el suave viento agitó la pluma de su casco. Él desapareció de su vista como una brillante visión, dejándola en completa obscuridad.

Sería pesado seguir detallando la vida de la joven. Puede decirse que desde ese día fué una vida melancólica, como las de tantos enamorados. Evitó toda sociedad y salió a pasearse por los sitios que más había frecuentado con su cortejante. Lloraba en silencio y en la soledad. A veces, al atardecer, se la veía sentada a la puerta de la iglesia del pueblo, y con frecuencia, las lecheras que volvían de los campos la oían cantar una cantinela lastimera en el camino plantado de espinos. Se hizo una devota ferviente, y cuando los viejos la veían aproximarse tan decaída y con ese aire de santidad que la melancolía esparce en torno de la forma, se abrían camino para que pasara como si se hubiera tratado de algo espiritual, y al verla alejarse, meneaban la cabeza, presintiendo algo malo.

La joven estaba convencida de que iba rápidamente hacia la tumba, pero marchaba a ella como a un sitio de descanso. La cuerda de plata que la había ligado a la existencia se había desatado, y ya no parecía haber para su persona más placeres bajo el sol. El resentimiento que abrigó en un principio contra su cortejante acabó por extinguirse. No podía abrigar malas pasiones, y, en un instante de ternura, le escribió una carta de despedida en la cual le decía, en un lenguaje sencillo, pero conmovedor, que moría, y no le ocultó que su conducta era la causa. No le describió sus sufrimientos, pero concluyó diciéndole que no podía morir en paz hasta que no le enviara su perdón y bendición.

Llegó un momento en que la debilidad le impidió salir de la casa, y entonces, tambaleándose, se dirigía a la ventana y, sentándose en una silla, se quedaba contemplando todo el día el paisaje. No profería ninguna queja ni hablaba a nadie de la enfermedad que le roía el corazón. Jamás mencionó el nombre del amado; lo único que hacía era apoyar la cabeza en el pecho de su madre y llorar en silencio. Sus pobres padres contemplaban con muda ansiedad esa flor marchita, pero confiaban que pudiera recuperar su frescura y que el sonroseo que sobrevenía a veces en sus mejillas fuera una promesa de salud.

Un domingo a la tarde se hallaba sentada entre sus padres; la celosía estaba corrida, y el suave aire que entraba llevaba la fragancia de las madreselvas que sus propias manos habían colocado alrededor de la ventana.

El padre acababa de leer un capítulo de la Biblia, que hablaba de la vanidad de las cosas mundanas y de los goces del cielo. La lectura parecía haber dado a la enferma una sensación de bienestar y serenidad. La campana de la iglesia había tocado para el servicio de vísperas, y el último lugareño entraba lentamente por su puerta; todo yacía en esa quietud sagrada propia del día de descanso. Los padres miraban con ansiedad a la joven. Una lágrima asomó a los ojos azules de ésta. ¿Estaba pensando en su amado infiel?

En ese punto se oyó el galope de un caballo; un jinete se apeó delante de la ventana; la muchacha lanzó una débil exclamación y cayó hacia atrás en su silla: era su amado arrepentido. El joven entró en la casa y corrió a estrechar a la campesina contra su pecho; pero al ver su cuerpo consumido, su rostro cadavérico, tan pálido y, sin embargo, bello, se confuvo y se arrojó angustiado a sus pies. Ella estaba demasiado débil para levantarse: intentó extender las temblorosas manos, movió los labios como para hablar, pero no articuló palabra; luego, lo miró con una sonrisa de inefable ternura y cerró los ojos para siempre.

Tales son los pormenores que reuní de esta historia de pueblo. Son escasos y comprendo que carecen de novedad para recomendarlos. Es posible que parezcan vulgares e insignificantes, pero en aquella época me interesaron mucho, y el hecho de que se relacionasen con la conmovedora ceremonia que había presenciado, contribuyó a que me causaran una impresión más profunda de lo que podían causarme muchas circunstancias más sorprendentes.

En otra ocasión volví a pasar por el pueblo y, por curiosidad, visité la iglesia. Era una tarde de invierno; los árboles estaban despojados de su follaje; el cementerio aparecía desnudo y triste, y el viento agitaba la hierba seca. Alrededor de la tumba de la favorita del pueblo habían plantado unas siemprevivas, y unos sauces se inclinaban sobre la sepultura como para conservar intacto el césped.

La puerta de la iglesia se hallaba abierta, y entré. La corona de flores y los guantes estaban allí lo mismo que el día del funeral: es cierto que las flores se habían marchitado, pero al parecer, habían cuidado de que el polvo no manchase su blancura. He visto muchos monumentos en los que el arte ha agotado sus poderes para despertar la compasión del espectador, pero jamás he hallado uno que me conmoviera tanto como aquel recuerdo sencillo y delicado de una inocencia desaparecida.

DOBLE FRACASO

POR JOSÉ MANUEL BRAÑA

(Continuación de la pág. 10)

en relación con lo que acabo de decirle... Y yo lo siento porque vaticiné el éxito; porque yo le preví infalible... Pero, en fin, no lo lamento del todo, porque por lo menos he cumplido mi palabra... Desengañaré a mi amigo...

ELLA. — Yo lo siento por usted más que por él. Usted le habrá inspirado la idea de conquistarme, y él, a su vez, quizá enamorado seriamente de mí, la ha encontrado maravillosa... Y es claro: yo le hago pasar el mayor de los ridículos... Pero yo no tengo la culpa; yo no debo, ni quiero sacrificar mi voluntad... Por lo demás...

(Se interrumpe. Él, defraudado en sus esperanzas, rabia por salir a la calle... Aprovecha esta ocasión, y levantándose, le tiende la mano, aparentemente afectuoso y tranquilo. Ella apura el último cumplido.)

—¡Cómo! ¿Se marcha ya?

ÉL. — Sí, señora... Debo terminar mi misión...

ELLA. — *(Con una sonrisa irónica.)* Supongo que, no obstante el mal éxito de esta visita, me honrará muy pronto con otra.

ÉL. — *(Vengativo y rencoroso, recordando ciertas palabras de ella.)* ¡Quién sabe!... Yo no acudo jamás adonde no me llaman...

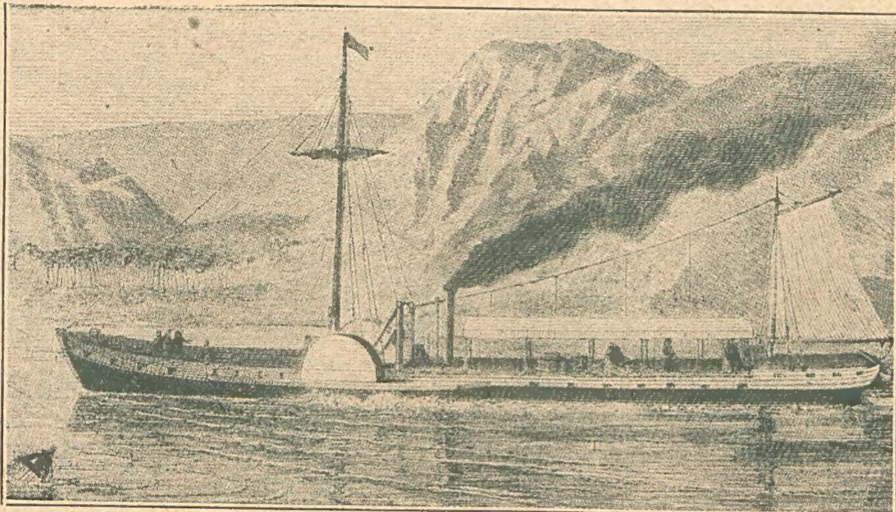
HISTORIA DE LA NAVEGACION A VAPOR

DESDE el año 1540, en que el mecánico toledano Blasco de Garay presentó a Carlos V un descubrimiento para hacer andar las naves sin remos, ni velas, descubrimiento que se supone era una aplicación del vapor, aparecen muchos nombres en la historia de la navegación. Uno de ellos, Jonathan Hulls, patentó una especie de barco de vapor, en Inglaterra, en 1736; pero transcurrieron luego muchos años antes que se hiciese nada práctico. El infortunado marqués de Jouffroy, nacido en Francia en 1751, adoptó la idea de la máquina de vapor de Papin, y en ocho años construyó tres barcos; pero la Revolución francesa le obligó a irse a Norte América, y cuando regresó ya había otros inventores que se habían apropiado de sus ideas, y conquistaban honores que le correspondían legalmente a él.

Por la misma época estaban haciendo experimentos dos ingenieros norteamericanos: James Rumsey y John Fitch. El primero atrajo la atención de Roberto Fulton sobre el asunto, y el segundo construyó su primer modelo de vapor en 1785, y cinco años después, otro de ruedas. Fué a Francia, y le arruinó la Revolución. Dícese que enseñó sus planos a Fulton; pero esto no está comprobado; lo cierto es que regresó a Norte América, hambriento y sin dinero, y que se suicidó.

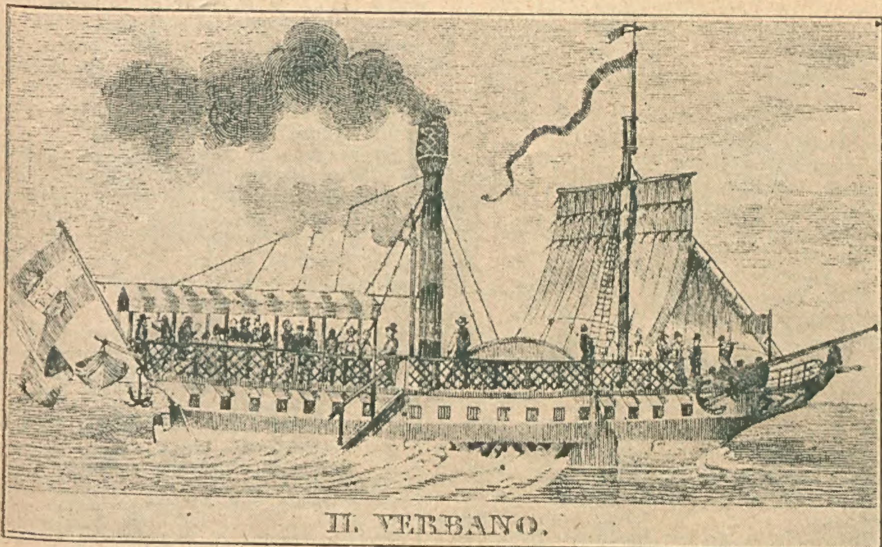
Benjamín Franklin decía siempre que los barcos de ruedas no darían resultado, y que era mejor que la máquina extrajese agua por la proa y la despidiese por la popa.

Rumsey construyó un barco de este tipo, que navegó por el río Potomac, a razón de cuatro millas por hora. Roberto Fulton era pintor de retratos, natural de Pensilvania. En 1786 fuése a Inglaterra a estudiar bajo la dirección de sir Benjamín West. Allí conoció a Rumsey, y después de haber discutido con él muchos temas de inventos, abandonó por completo la pintura. El cerebro de Fulton era un vivero de

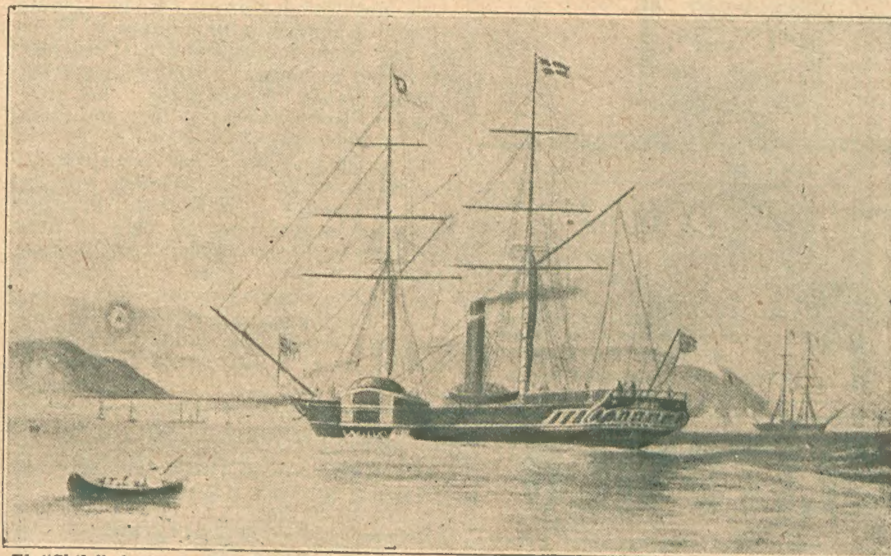


El "Clermont", primer buque de vapor construído en 1807 por Roberto Fulton

ideas. Inventó cosas para el mejoramiento de los canales, para cortar y pulimentar el mármol, para fabricar cuerdas, para hilar lino, para los puentes de hierro, para dragar los ríos, e ideó sumergibles y otra porción de inventos; pero la gran obra de su vida la realizó con la navegación a vapor.



El "Verbano", que inauguró la navegación italiana a vapor, el año 1824



El "Chile", barco inglés de ruedas, que fué dedicado a la travesía de las costas del Pacífico



LOS CHICOS

—¿Qué haces, Juancito?

—¡Ya lo ves, pescando! Y a pesar de haber tantos pececitos en la pecera, no pesco nada, y eso que no he puesto anzuelo para que no se acobarden.

En 1802 construyó, en Francia, un vapor con una máquina tan pesada, que se hundió en el Sena durante las pruebas. Pero no se desanimó por esto. Recuperó la máquina y la montó en otro barco más resistente, que anduvo, pero con demasiada lentitud para ser de utilidad práctica. En Inglaterra construyó otra máquina, que se llevó a Norte América y la montó en un nuevo barco. En el viaje de prueba, con pasajeros, el barco anduvo un poco y se paró. Todos creían que Fulton, al que ya tenían por loco, había fracasado definitivamente; pero el inventor arregló varios desperfectos pequeños, y el barco reanudó la marcha, recorriendo 150 millas en treinta y dos horas.

Fulton fué el primer hombre que hizo de la navegación a vapor lo que podríamos llamar un éxito comercial. Fitch había demostrado que se podía hacer algo en este sentido, y Fulton se aprovechó de la experiencia de Fitch. Falleció en 1815, ocho años después de haber botado su primer vapor útil.

Pero hay que advertir que este primer viaje del barco de Fulton se realizó diez y nueve años después de haber sido botado, con toda felicidad, en Escocia, otro barco inventado por Guillermo Symington, mecánico escocés, nacido en 1763 y muerto en 1831. Primeramente construyó una máquina de vapor para circular por las carreteras y luego se ocupó en la construcción del barco, inspirado por un paisano suyo, llamado Patricio Miller. A este barco siguió otro, construído por lord Dundas, que remolcó en el canal de Clyde dos barcazas, que pesaban en junto 140 toneladas, hasta 20 millas de distancia, con fuerte viento contrario. Esto ocurría cinco años antes de los primeros éxitos de Fulton. Pero los propietarios del canal dijeron que la corriente creada por el vapor estropearía las orillas del canal, y hubo que arrumbarlo.

En 1812 se botó en el Clyde el vapor "Cometa", que empezó inmediatamente a transportar mercancías y viajeros, con gran terror de la gente ignorante, que, al verlo echar humo y marchar contra viento y marea, lo creían un monstruo infernal. Los sabios no se asustaban, pero decían que jamás podría navegar en mar abierto un buque sin vela ni remo.

Seguidamente se construyeron más vaporcitos para la navegación fluvial.

El paso más importante de la navegación a vapor, después de todos los ensayos mencionados, fué el primer viaje transatlántico, realizado por el buque norteamericano "Savannah". Era un barco de vela, al que se le aplicó una máquina de vapor, y en los veintisiete días que empleó en el viaje sólo utilizó ochenta horas la maquinaria, la cual no debió de considerarse muy útil, por cuanto a su regreso fué desmontada.

La primera travesía del Atlántico verdaderamente a vapor, la realizaron al mismo tiempo dos barcos ingleses en 1838. Eran éstos el "Great Western" y otro más pequeño, llamado "Sirio". El "Sirio" zarpó de Inglaterra cuatro días antes que el "Great Western"; pero éste, que era mayor y más poderoso, casi alcanzó al otro, y el "Sirio" llegó a Nueva York con pocas horas de delantera. El "Sirio" tardó diez y ocho días, el "Great Western", catorce, en vez de un mes, que era lo que tardaban, por término medio, los barcos de vela.

El barco de vapor era ya un éxito, pero le faltaba el mejor de sus perfeccionamientos: la substitución de las ruedas por la hélice, invento debido al capitán Juan Ericsson, ingeniero del ejército sueco que se estableció en Inglaterra y después se fué a Norte América. Su invento revolucionó por completo la navegación a vapor.

El gobierno norteamericano le encargó la construcción del "Princeton", primero de los barcos de hélice.

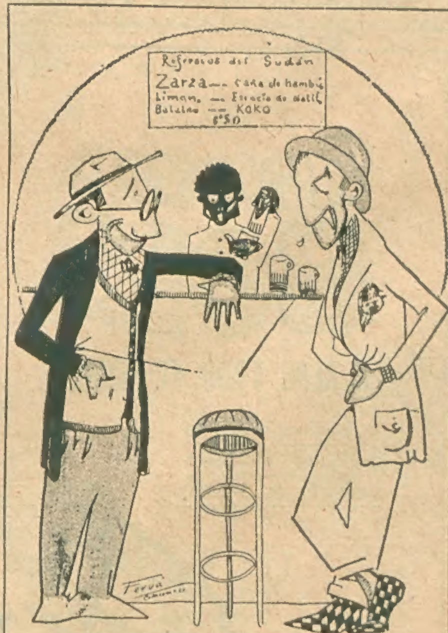
En 1861 construyó Ericsson el barco de hierro "Monitor", que hundió al barco confederado "Merrimac", y cambió por completo el curso de la guerra civil de los Estados Unidos.

El propulsor de hélice fué grandemente perfeccionado en Inglaterra por Sir Francis Smith, quien, en 1839, construyó el "Arquímedes" mucho mayor y más potente que el barco de Ericsson, y que convenció a la mayoría de los peritos de la superioridad práctica de la hélice.

Hubo una larga competencia entre los partidarios de las ruedas de paletas y los de la hélice, pero al fin triunfó ésta. También fué motivo de grandes discusiones el empleo del hierro en vez de la madera para la construcción de barcos, pues siempre hay partidarios de lo antiguo que se oponen a toda innovación.

Posteriormente se operó otro cambio en la propulsión de los buques, mediante la turbina de vapor, perfeccionada por el inglés Parsons, con cuyo nuevo método de propulsión se pudieron construir barcos mayores y más veloces.

Al propio tiempo que progresaba la navegación se perfeccionaban los cronómetros y los compases, tan indispensables para la misma.



BUEN NEGOCIO

— Ahí donde usted lo ve, con su negocito refrescante suda la gota gorda y se ve negro para servir a su numerosa clientela.

LA POETISA ALFONSINA STORNI

POR ENRIQUE M. RÚAS

(Continuación de la pág. 4)

de mujeres que trabajan y no tienen tiempo de prestar a la cabellera el debido cuidado, la melena está destinada a triunfar. Con la moda de la melena, es más expeditiva y fácil la higiene del cabello.

— Sombreros y vestidos.

— La moda actual de sombreros, que obliga a llevarlos casi sin adornos, es la más estética y cómoda. Ponga, entre paréntesis, que por mi parte odio las plumas. En cuanto a los vestidos, hace unos seis años que se mantienen las modas más simples. Éstas son las que más me gustan. Yo prefiero lo más sencillo que se pueda usar como línea, y los colores obscuros, sobre o alrededor de los tonos kaki.

— Y, ¿alhajas?

— Nunca he llevado alhajas, ni siquiera aros en las orejas. Nada de chiches ni alhajas.

— ¿Cuál es la golosina que más le gusta?

— El buen café. Una rica taza de café es una delicia.

— ¿Tiene usted un paladar muy sibarita?

— El plato que más me gusta es el asado, y no tomo ninguna bebida.

— Permítame hacerle una pregunta moderna: ¿es usted muy fumadora?

— Sólo he probado el tabaco alguna vez, por snobismo, y no consiguió entusiasmarme.

— Los deportes.

— Mal de deportes. No he podido aprender a patinar ni a jugar al "tennis", y ando mal a caballo. Pero tiro muy bien al blanco, y me gusta mucho. Cuando salgo los domingos a los alrededores, aprovecho para tirar con rifle.

— Espectáculos.

— La danza. La danza interpretativa, más que la danza clásica. Admiro a la Pavlova y a la Duncan. Pero en la danza los hombres me parecen más perfectos y más completos que las mujeres.

— ¿Tiene muchas ocupaciones?

— Demasiadas. Yo quisiera ser millonaria. Tengo una cátedra de declamación en el Teatro Infantil Municipal, y otra de lectura y declamación en la Escuela Normal del Profesorado de Lenguas Vivas.

— ¿Es muy dormilona?

— Duermo mucho y me gusta mucho la cama. Al despertarme, suelo quedarme en cama escribiendo.

— ¿Tiene horas para escribir?

— No las tengo. Escribo en el momento y lugar en que se me ocurren las ideas. Por lo menos, hago los apuntes. Tal sucede cuando voy en el tranvía. Pero en la cama se está y se escribe muy a gusto. Es el lugar más muelle del mundo. ¡Ah, si yo fuera millonaria!...

— ¿Y es cuando escribe en cama cuando escribe lo mejor?

— Eso ya es otra cosa. Mis mejores composiciones las he producido en los momentos de angustia y de dolor.

— ¿Le gusta cantar?

— Me gusta; pero no soy gran cantatriz. Tampoco sé hacer música. Cuando me ocurre algo grave, canto un tango. Después del susto del Cabo Corrientes, canté un tango. Una vez, estando enferma, y creyendo que ya no había nada que hacer conmigo, también canté un tango.

— Por lo visto, le gustan los tangos.

— Hago mis reservas artísticas, pero me gustan. "Tierra negra", "Buenos Aires" y "A mi madre" son tangos que me gustan.

— ¿Y los "shimmys"?

— Ya no me gustan tanto como los tangos.

— Gustos literarios.

— De los novelistas, los rusos me parecen los más grandes novelistas y cuentistas. De los poetas líricos, los alemanes tipo Heine. Como poetas modernos, los franceses. De teatro, Bernard Shaw, Porto-Riche, Mæterlinck. Lo que más me gusta de Mæterlinck es el teatro.

— Algo de su primer libro.

— *La inquietud del rosal*, publicado en 1916. Agotado. El emir Arslan publicó en *La Nota* una crónica del catalán Gay de Montellá. El primer actor y poeta español Bernardo Jambrina publicó un artículo en *La Capital* del Rosario. Nella Pasini, crítico literario de *La Patria degli Italiani*, se ocupó también, extensamente, del libro.

— ¿Qué es lo que tiene en preparación?

— Un libro de versos, que probablemente se titulará *Pesada abeja*, título de la composición inicial. También tengo casi terminado un drama en cuatro actos para Angelina Pagano.

— ¿Sus versos más recitados?

— *Tú me quieres blanca*, que están en *Dulce daño*. Son los más recitados, tanto aquí, como en Chile y el Uruguay.

— ¿Sus versos más difundidos en el público?

— *La caricia perdida* y *Languidez*, que están en el tomito de la "Editorial Cervantes".

— Muy bien, señorita Storni. Es tarde para usted. Muchas gracias. Váyase a la cama.

LIBROS DE ALFONSINA STORNI

La inquietud del rosal, 1916 (agotado).

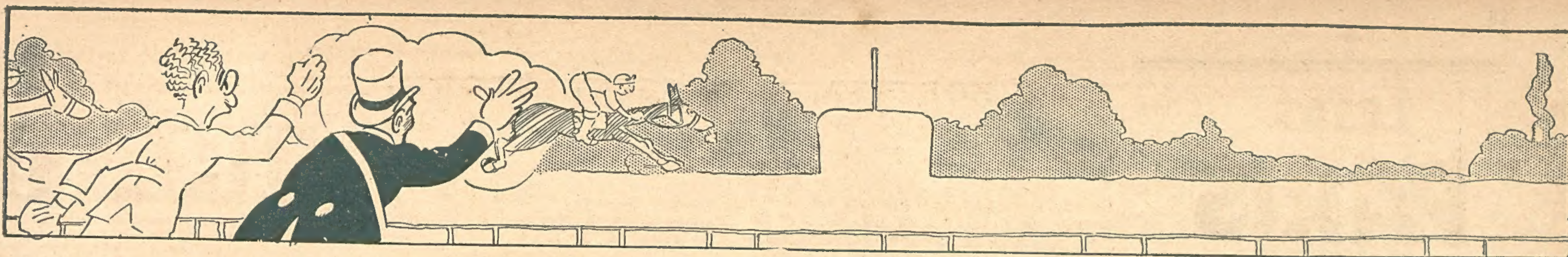
Dulce daño, 1918 (tuvo una segunda edición).

Irremediablemente, 1919.

Languidez, 1921 (primer premio municipal, $ 5.000.—; segundo nacional, $ 10.000.—).

Obras en preparación:

Un libro de versos y un drama en cuatro actos, casi terminado, para la Pagano.

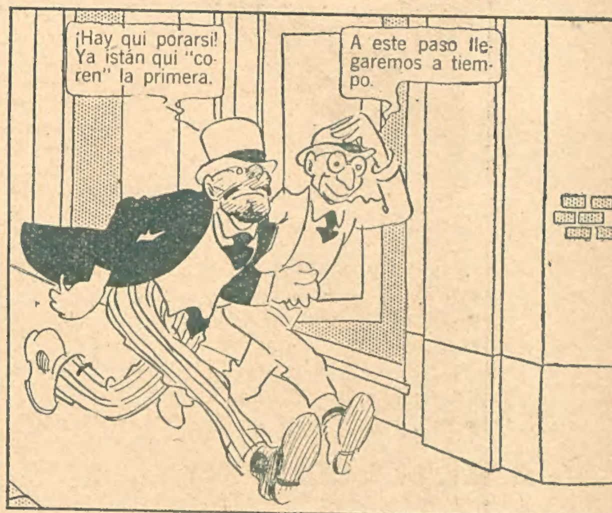


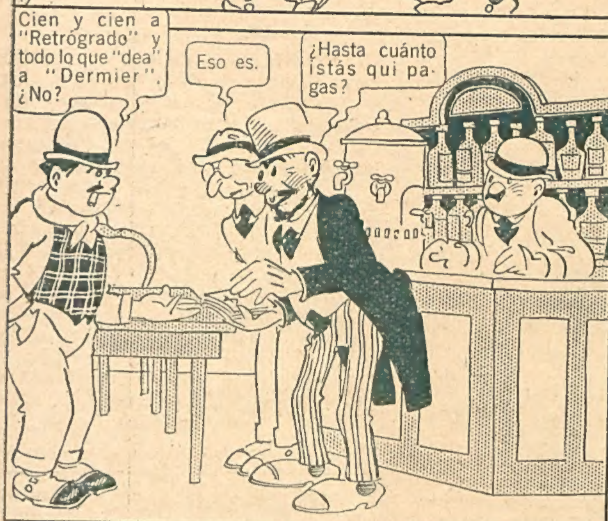
PAPAMOVSKI TIENE UNA FIJA... PARA PERDER

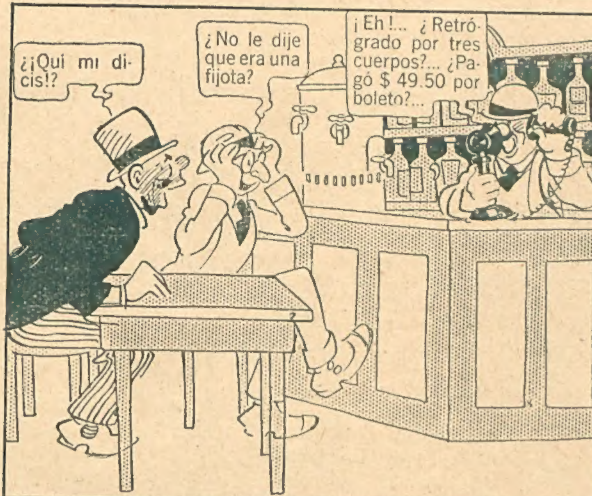
POR LANTERI

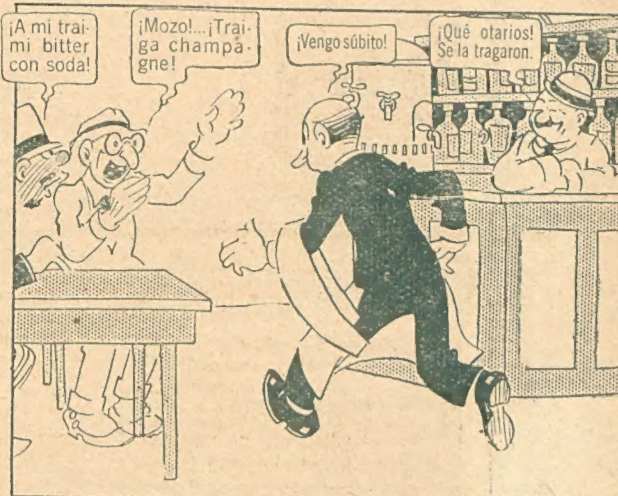








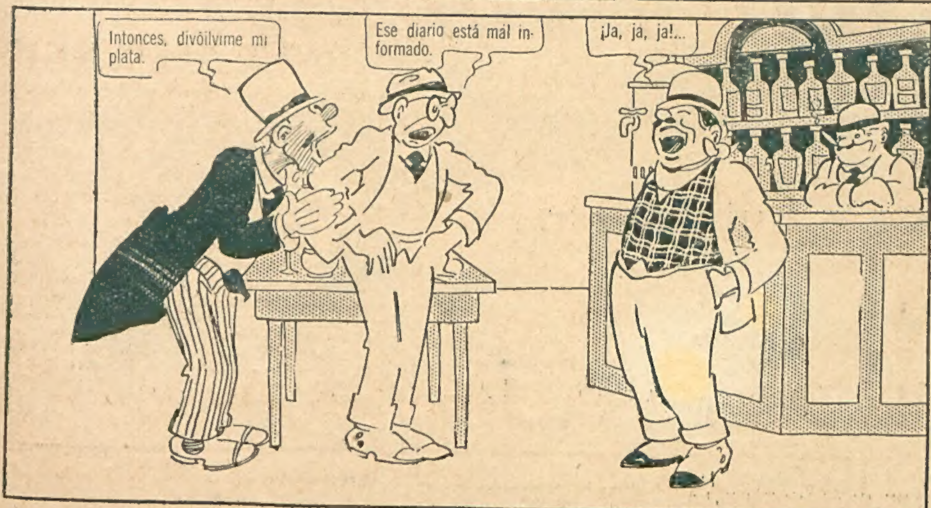


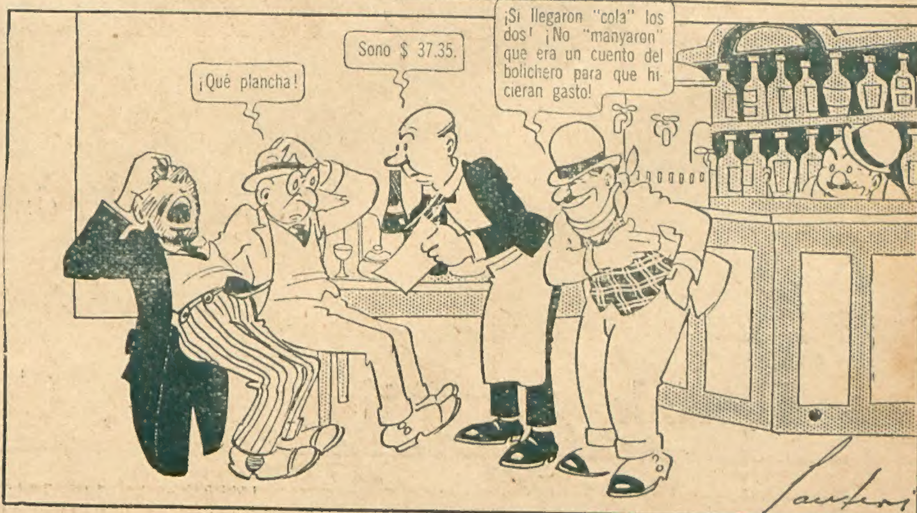












IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.